

LA CAJA NEGRA

César De María

LA CAJA NEGRA

César De María

posado.

El público aún no descubre la
ceguera de los tres.

Drama en dos actos

«Los viejos
son horribles.
Una moneda
para ellos. Ven
arrojemos a los ciegos de la
primavera».

*(Julio Heredia, Libro de los
muchachos chinos)*

«Ay de los que hacen sus obras
en las ti-nieblas y dicen:
¿quién nos ve y quién nos
oye?»

(Isaías, 29 - 15)

Personajes

MARCO y LUCAS oficinistas
de 60 años **MANUEL** empleado
nuevo, 25 años **DOÑA
ESTELA** empleada de limpieza
de 37 años

Los tres hombres son ciegos.

Acción en la oficina de los
hombres, en el 13° piso de un
edificio en el puerto del
Callao, Lima, Perú.

PROLOGO

En la oscuridad aparecen de
golpe, bajo sen-dos haces de
luz, los tres ciegos. Los vie-
jos lucen monstruosamente
decrépitos. El joven los
escucha con cándido temor.
Marco y Lucas lo acosan
suave y veloz-mente, sin
oírse uno al otro. Marco trata
de ser paternal y sólo resulta

MANUEL: ¡Nunca!

MARCO: ¿Usas anteojos, Manuel? Toma, ponte anteojos negros. (Se los da.)

LUCAS: Se permiten las visitas de tus amigas. Si son guapas, mejor.

MARCO: ¿Tienes un terno? Puedo pres-tarte uno. ¿Sabes anudarte la corbata? (Le alcanza traje y corbata. El joven se viste.)

LUCAS: Mientras más larga la corbata, mejor. Más te miran.

MARCO: ¿Tienes imaginación? Es muy útil aquí. Ya te explicaremos.

LUCAS: (Malicioso.) ¿Sabes lo que estoy imaginando?

MARCO: Supongo que no bebes.

MARCO: Bien. Hay que levantarse tem-prano y hacer ejercicios. Te recomiendo: mente sana, ya sabes el refrán.

LUCAS: Sí: métela sana en un cuerpo bien sano. (Trata de no reír.)

MARCO: Se trabaja hasta las seis. Des-cansas una hora a mediodía, para almor-zar. Se respetan las reglas y se vive en paz. El trabajo es fácil, es pensar lo mis-mo que todo el mundo pero en la direc-ción correcta. Al principio parece ruti-nario, pero el éxito es producto de la constancia y la constancia es el apellido de la rutina.

LUCAS: ¿Por ejemplo, cuál es tu rutina? ¿En la cama o en el baño? ¿Con cuál mano?

MARCO: Lucas te ayudará. Por algo te recomendó. Hoy está callado, pero no siempre es así. El trabaja en otras cosas y también puedes traerle ideas.

LUCAS: No es lo único que me puedes traer.

MARCO: ¿Eres católico? Nosotros sí. Se-ría bueno que vayas a misa, aunque sea por el trabajo que harás conmigo. Eso disciplina el alma. Los domingos son días muertos.

LUCAS: Y en la iglesia están las mejores mujeres.

MARCO: Te daremos libros especiales. ¿Lees mucho?

MANUEL: Leía, sí.

MARCO: Vas a volver a leer. Tres libros por semana es lo ideal. Y vas a crecer con nosotros. Sólo tienes que ser fiel. No hay hombre malo si es fiel y le dedica todo su tiempo a lo que hace. ¿No tienes nada que decir?

MANUEL: No, don Marco. Gracias. Por el trabajo, por los consejos. Gracias.

MARCO: No hay de qué. Lucas, ¿no vas a decirle nada al joven?

LUCAS: ¿Para qué? Cuando empecemos no vamos a parar.

MARCO: Yo ya tengo aquí trece años. Es-tos sitios asustan a los jóvenes, pero no son tan malos.

LUCAS: Como las mujeres. Hay que sa-ber qué hacer adentro para no aburrir-se. O ganarles con pura imaginación.

MARCO: ¿Seguro que no vas a decirle nada, Lucas?

LUCAS: No, Marco, no. El me entiende.

Con una palmada de Lucas en el hombro de Manuel, vuelve la oscuridad.

PRIMER ACTO

Súbitamente, la mujer de la limpieza - doña Estela, de buen aspecto - entra y encien-de la mortecina luz de la oficina vacía. Atardece. Las paredes, los papeles, todo está cubierto de manchas negras que ella limpiará mientras narra su historia.

Afuera está una vecina que se niega a en-trar y alcanza objetos sin poner siquiera un pie en el interior. La oficina tiene un baño y una ventana grande con una es-pesa cortina que apenas deja entrar al sol.

ESTELA: Entre conmigo, hermana, no tenga miedo. (Observa el lugar.) Dios mío. Mire cómo quedó la oficina. Qué te-rrible lo que pasó aquí. ¿No va a entrar? Yo la entiendo. Pero no se vaya tampoco, quédese en la puertita acompañándome. (Silencio.) El piso parece baldeado con pintura negra. Suerte que traje una es-pátula, ¿me la alcanza, hermana? (La es-pátula llega de fuera deslizándose por el suelo.) Alabado sea Dios... parece men-tira. (Se enjuga el llanto con discreción.) Todo igualito. Y están las cosas de los tres como si no hubiera pasado nada. Los libros con huequitos, la grabadora, la Biblia, los mapas... Cuánto cabe en un sitio donde ya no hay nada. ¿Le cuento, hermana? Si, usted ya sabe, pero es que fue tan terrible que no me va a creer. Como salió en el periódico y peor toda-vía. Escúcheme, no se vaya. Acuérdesse que Dios dice en la Biblia: «el que atien-de a la Verdad, a mí me atiende, y no comete pecado». Ellos eran normalitos, buena gente, pero mentirosos. Se men-tían uno a otro, a mí también, y hasta a sí mismos, vecina. Si de eso vivían, a fin de cuentas. Y de eso se han muerto tam-bién. ¿Se puede creer? ¿Quién iba a de-cir que don Marco sería capaz de un cri-men así? ¿Y que ese chico fuera tan ma-lagradecido? ¿Y que don Lucas tuviera esas cosas en el cajón? Bien dice el pro-feta Elías: «ni las más grandes virtudes pueden ocultar el menor pecado». Vivían en el engaño, ciegos a Dios, ciegos a los demás hombres y ciegos a la verdad. ¿Me trajo el balde, vecina? (Estira el brazo y la vecina se lo alcanza.) Y el día anterior fue miércoles de limpieza, la última vez que los vi. Qué suerte que casi ni estuve, que vine sólo un ratito. ¿Usted debe ha-ber escuchado, no? Su piso es el de aba-jo. ¿La policía le preguntó? ¿Y usted no oyó nada? ¿Nada-nada-nada? Es que así son las desgracias, como las cartas que llegan despacito por abajo de la puerta. Y dicen que las trae un angelito. (Transi-ción hacia la historia que ella cuenta. Es de día. La mujer limpia y aparecen los dos viejos. Lucas sale fumando de atrás de un ropero, Marco entra de buen hu-mor.)

MARCO: ¿Lucas?

LUCAS: (Sentado en su escritorio, fuma y se abanica con un libro en braille.) ¿Marco? ¡Buenos días, mister Fahrenheit!

MARCO: ¡Cómo le va, monsieur Celsius! ¡Hace calor!

LUCAS: ¡Bienvenido al infierno! (Ríen.)

MARCO: Uf... (Se abanica.) ¡Así no se puede trabajar!

LUCAS: Decía Baudelaire: donde no se puede trabajar, se puede q escribir.

MARCO: Escucha: viene un avión. (Esperan a que el rugido de un avión cubra sus voces. Gritan sin oírse mutuamente.)

LUCAS: ¡Odio empezar todos los días la misma vida!

MARCO: Tengo miedo al deber de cambiar. (Pasa el avión. Hacen sus labores.)

LUCAS: ¿Dijiste algo de cambiar?

MARCO: Es un secreto. Sólo el avión sabe. (Silencio.) ¿Sabes en qué pensé? En que escribamos nuestro famoso cuento poniendo a doña Estela de protagonista.

LUCAS: (Socarrón.) Joven Werther: el amor lo está matando.

MARCO: No, hombre, ¿cuál amor? Te estoy hablando del esquema narrativo. Imagínate una mujer franca, honesta, directa...

LUCAS: O sea: un personaje ficticio.

MARCO: Y esta mujer va contando la vida de acuerdo a su moral y se asombra constantemente pero se somete a lo que ...

LUCAS: Eso me recuerda a Moby Dick, Marco. ¿Por qué no hacer que mienta, que sea perversa pero se esconda detrás de su falsa simplicidad de fregona?

MARCO: Eso me recuerda a Sade. Y no es creíble, a la gente se le nota cuando es buena o mala.

LUCAS: Pero la gente escondida es la mejor para escribir. Y para todo lo demás.

MARCO: Así nunca vamos a empezar el cuento.

LUCAS: Mejor, tenemos trabajo en cantidades bíblicas. (Bromea ceremonioso.) He aquí un detalle del programa. Primer número: Himno Nacional entonado por los presentes.

MARCO: (Le sigue la cuerda.) ¿Segundo número?

LUCAS: Redacción y lectura del programa bíblico correspondiente al tema «Expulsión de Adán y Eva del Paraíso», realizado por don Marco el Patrístico y su ayudante Manuel el Hagiógrafo, cuya ausencia extraña a los presentes.

MARCO: Tercer número: escritura de un comercial de cuadernos que realizará en vivo y ante nuestros propios ojos don Lucas de Bergerac, quien vende sus ideas a despiadados publicistas que trepan con ellas al balcón de los compradores. Y como cuarto número...

LUCAS: Lectura del poema de la semana, realizado como calistenia cerebral y ejercicio de educación artística por el velado artista, don Marco Nervo.

MARCO: (Abandona modesto el juego.) No, el poema no...

LUCAS: ¿Pero qué pasó, no lo escribiste? Lo has hecho durante tantos años y ahora, cuando la fama tocaba tus puer-tas, a la edad en que Goethe concluye el Fausto, renuncias a...

MARCO: Ya, no sigas.

LUCAS: ¿Vas a leer? Si lees, te hago café. (Lo prepara en una vieja cafetera.)

MARCO: Qué me queda. De algo tienes que burlarte.

LUCAS: Bueno, bueno, (A un público imaginario.) el poema de hoy se titula...

MARCO: (Saca de un bolsillo un cartón perforado caseramente. Lee.) «Soneto a la mujer que limpia».

LUCAS: ¿Con coma o sin coma?

MARCO: ¿Cuál coma?

LUCAS: Puede ser: «SONETO A LA MUJER, coma, ¡qué limpia!»

MARCO: Déjate de cosas.

LUCAS: Lee, lee.

MARCO: No, ya no. (Se enoja sonriendo y deja el poema sobre su escritorio.)

LUCAS: Caramba, nos quedamos sin cuarto número.

MARCO: No, escucha.

LUCAS: (Oye al vacío.) Tienes razón, como cuarto número...

ESTELA: (Ingresa inocentemente.) Buenos días.

LUCAS Y MARCO: (Fanfarria circense.) ¡Ta-táan!

LUCAS: Presentación a la sociedad de la Señora Estela de la Escoba, personaje real creado a la medida para don Mar-co...

MARCO: No, no...

LUCAS: ...eterno amante y admirador secreto ...

MARCO: Para, Lucas...

LUCAS: ...además devoto de los ocultos encantos de la doña...

MARCO: ¿Sigues?

LUCAS: ...y autor de un poema...

MARCO: ¡No!

ESTELA: ¿Qué poema? ¿A qué juegan? Ustedes se están volviendo locos.

LUCAS: ¿No se ha dado cuenta? Cada miércoles el rejuvenecido Marco Gray re-trata sus sentimientos en un poema que escribe con persistencia germánica, inspi-rado por Desempolvía, musa del plumero.

ESTELA: ¿Qué?

LUCAS: Ahora sí, queridito, tienes que leer.

ESTELA: ¿Va a leer un poema? ¡Espere que me cambio!

LUCAS: No, cámbiese mientras escucha. No me diga que se cambia con las orejas.

MARCO: ¿Lo leo?

LUCAS: Ya no te hagas de rogar.

ESTELA: (Se cambia en el baño.) ¡Sí, lea!

LUCAS: No crea que el título es por us-ted, señora, después se nos pone muy sobrada.

MARCO: Título: Soneto a la Mujer que Limpia. (Lee con sentimiento y afecta-ción.)

*Me gusta ensuciarte hasta las nubes por ver
cómo las coges, las descuelgas, les pasas un
cepillo, las sacudes
y tiendes a secar. Cuando tú llegas aplauden
las cenizas y los tachos abren sus bocas
grandes para el beso que les da tu estropajo, y
tu penacho con sus plumas provoca el
embeleso de las cosas. Después, con una
escoba te pones a bailar sin hacer caso*

*del hombre a quien tu danza quieta arroba que
sueña con tomar tu blanca mano
para llevarte sumisa hacia mi alcoba y
limpiarnos, allí, todo lo humano.*

LUCAS: ¡Vaya con los deseos ocultos! ¿Qué opina, doña?

MARCO: Yo no oculto nada.

LUCAS: ¿Es o no es un poema de amor?

ESTELA: Es bonito. Pero hay cosas que no entendí.

MARCO: Y tú, Lucas. Habla en serio.

LUCAS: Ya está listo el café. (Sirve.)

MARCO: ¡Habla, hombre!

LUCAS: Lo veo muy apropiado para la mujer que limpia. Y tan bueno como nuestro café.

MARCO: Burlón.

LUCAS: Es que no estoy concentrado. Sólo pienso en mi comercial, debo entre-gar la idea hoy mismo.

ESTELA: A mí me gustó. (Asoma a medio vestir. Mira el suelo alrededor de Lucas.) Ya comenzó con sus cascaritas. Yo lim-pio por un lado y usted ensucia por el otro.

LUCAS: ¿Qué quiere, doña? No hay pla-cer que no ensucie.

MARCO: ¿De quién es esa frase, de Jack el destripador?

LUCAS: Pues nada menos que mía, que no ando destripando el idioma con un poema cada siete días.

ESTELA: Usted lo que tiene es pica.

LUCAS: Y usted tiene olor a que se está cambiando delante de nosotros. Vas a ver, Marco. Para darte clases, ejem, yo tam-bién voy a escribir algo.

MARCO: ¿Cuánto me vas a cobrar? Tú nunca escribes gratis.

LUCAS: Lo voy a hacer por amor al arte, mira tú. Y el próximo miércoles te lo leo. Así descansamos de tu inspiración.

MARCO: Yo voy a seguir escribiendo, ha-gas lo que hagas.

LUCAS: O sea que tu vena poética es hemofílica. Hm, huele a enagua! ¡Se está poniendo la falda!

ESTELA: (Vistiéndose.) ¡Es usted un odio-so!

MARCO: Apúrese que ya viene nuestro discípulo...

LUCAS: Cinco, cuatro, tres...

ESTELA: ¿De veras? (Doña Estela corre a terminar de vestirse dentro del baño.)

LUCAS: Dos, uno... (Entra Manuel.) ¡Cero!

MANUEL: Buenos días.

MARCO: No son horas de llegar, Manuel.

MANUEL: ¿A qué huele?

LUCAS: ¿Ya ves? El también se altera con ese olorcito.

MANUEL: No es naranja. No es el café.

LUCAS: No, el café nunca huele tan bien. El nuestro al menos...

MANUEL: Tampoco es cigarrillo. ¿A qué huele, don Marco? Esa no es la rata del baño, ¿verdad?

LUCAS: Qué va. Viene del baño pero no es rata.

MARCO: Después te explico. (Estela vuel-ve.)

MANUEL: (Entiende.) Ah, caray. Buenos días. (Tiende la mano hacia ella.) Usted debe ser doña Estela. Mucho gusto.

ESTELA: Sí.

MANUEL: O sea que es miércoles. Tengo tres días aquí.

ESTELA: ¿Lo ayudo? (Trata de guiarlo por la habitación.)

MANUEL: Sí, por favor. Mi escritorio es el de atrás.

MARCO: No, doña Estela, déjelo solo y que aprenda.

LUCAS: Para eso está grandecito y no vive con su mamá, ¿verdad, Manolito?

ESTELA: (Lo suelta. En el presente.) El chico era hermoso, vecina. Tan guapo, tan joven... ¡y ya cieguito! (A Manuel.) ¿Cómo se llama, joven?

MANUEL: Manuel.

ESTELA: (Al presente.) Ángel debió lla-marse, por la carita. Era un ángel en medio de esos viejos tan tristes. Y don Marco, de tanto que lo quería, a cada rato lo resondraba.

MARCO: Llegar tarde es como no llegar, ¿sabes?

MANUEL: Pero don Marco...

MARCO: No hay peros.

LUCAS: Deja que nos cuente el pretexto del día. Quinto número del programa.

MANUEL: Fue mi despertador...

LUCAS: Ah, ¿el del cuento de ayer? (Risita.)

MANUEL: Es que no es braille y no sé a que hora suena, me despertó en la ma-drugada, creo, y me volví a dormir... Ade-más tuve problemas con el micro...

LUCAS: Como los cantantes.

MANUEL: De veras... en el microbús no me avisaron.

MARCO: Tienes que ir contando los pa-raderos.

MANUEL: No me avisaron. La gente no quiere a los ciegos.

MARCO: La gente no quiere a nadie.

LUCAS: Yo los dejo un ratito. Hablando de querer, se me ha ocurrido algo. Ya vengo.

ESTELA: ¿A dónde va, don Lucas?

LUCAS: Ya vengo. (Sale.)

MARCO: ¿Leíste tu Biblia? (Doña Estela limpia el baño.)

MANUEL: No entendí nada, don Marco. Mis dedos no sienten. Casi no pude leer.

MARCO: Tienes que practicar. ¿Cómo vas a ayudarme con el libreto si no has leído la historia?

MANUEL: Pero esa la sabe cualquiera...

MARCO: Igual hay que repasarla, ¿o aca-so te acuerdas de todo?

MANUEL: De todo, don Marco, tengo buena memoria. A veces quiero olvidarme de un montón de cosas, pero recuerdo has-ta el color de las hojas que vi cuando era chico. De los jabones. Del pan.

MARCO: ¿Tú educas tu memoria?

MANUEL: ¿Educar?

MARCO: ¿Tienes algún método? Yo sin método no podría.

MANUEL: No. Simplemente me acuerdo. ¿Sabe que... que cuando más sufro más recuerdo?

MARCO: ¿Y nada te hace olvidar? ¿Te acuerdas de lo que haces cuando estás borracho, por ejemplo?

MANUEL: No sé. (Tímido.) Nunca he estado borracho.

MARCO: (Palpa un globo terráqueo.) ¿Sa-bes cómo recordaban sus mapas los an-tiguos exploradores? Se recorrían la piel con las uñas, casi cortándose el pellejo. Si veían una bahía, se hacían una cur-va, si era un río, una raya. Registraban el saber con todos los sentidos, porque

en esos barcos que rodeaban el mundo no siempre llevaban papel. El cuerpo es el único registro de lo que vemos. Y pen-sar que la gente lo trata tan mal.

ESTELA: (Sale del baño, en el presente.) Don Marco parecía un libro cuando ha-blaba con el chico. Don Lucas parecía que ni lo miraba, pero estaba atento. Y su procesión iba por dentro. Yo debí dar-me cuenta desde el primer día, cuando se fue. ¡El nunca dejaba la oficina hasta la salida, pero jamás! Hasta don Marco, que era bien rígido, salía a tomar aire. Pero don Lucas, nunca. Y justo ese día le dio por comprar. Y allí debí darme cuenta, cuando vi lo que trajo.

LUCAS: (Entra y muestra su compra.) Bombones.

MARCO: ¿Y desde cuándo comes eso?

LUCAS: Desde ahora. Me provocó.

ESTELA: ¿Y no va a convidar?

LUCAS: Claro, pero bombón que come bombón es caníbal.

ESTELA: (Come.) Ricos.

LUCAS: ¿Quieres uno, Manuel?

MANUEL: No, gracias.

MARCO: Toma uno. No seas malcriado.

MANUEL: No quiero, gracias.

ESTELA: Joven, no haga desplantes.

MANUEL: Bueno... (Con timidez toma y tra-ga uno.)

LUCAS: ¿Y? ¿Te diste cuenta?

MANUEL: Antes de comerlo.

LUCAS: Toma otro. Toma. (El joven obe-dece.)

MARCO: Qué calor.

LUCAS: Iba a traer algo de beber, pero no sabía. Cualquier cosa es mejor que el brebaje que hacemos en este aparato. Pero me decidí por los chocolates con li-cor. ¿Qué es, Manuel?

MANUEL: Ron. Ron barato.

Dramática Latinoamericana de Teatro/CELCIT

ESTELA: (Come uno más.) Sí, están fuer-tes.

na película, un lindo cuentito antes de dormir.

LUCAS: Coman todos los que quieran. (Manuel duda. Come otro sin mascarlo.)

LUCAS: Pero el cuentito de miércoles que tengo que hacer está difícil.

ESTELA: Joven, tiene hambre.

MARCO: Pero tiene razón Lucas, la radio paga contra entrega.

LUCAS: Pero si no les gusta el ron bara-to, acá tengo... ¡sidra!

LUCAS: O sea: esclavo entregar hoy, es-clavo cobrar hoy.

MARCO: ¿Y para qué has comprado eso?

MARCO: Y tú (A Lucas.) tienes que hacer la idea del comercial de televisión.

LUCAS: Para celebrar, hombre, primera vez que estamos los cuatro juntos. (Des-corcha la botella y sirve.) A la salud de los ciegos, que no vemos diablos azules ni siquiera en blanco y negro.

ESTELA: ¿Van a salir en la tele, don Marco?

MARCO: Yo no tomo.

MARCO: No, escribimos comerciales. Mejor dicho, Lucas. El inventa las ideas y después las filman, como películas.

LUCAS: Hazlo por ellos. Y tú, Manuel, tómate este que llega hasta el borde.

LUCAS: ¡Nosotros escribiendo para la televisión! Es como poner un mudo de locutor de radio. (Ríen.)

MANUEL: No, por favor.

MARCO: Pero eso le gusta a la gente, que le oscurezcan la vida y le pasen una bue-

LUCAS: ¡Salud! (Beben. Manuel duda y apura su trago.)

ESTELA: Uy, estaba con sed. (Ríe.) Y ca-lor, mire cómo suda.

LUCAS: Hablando de sudor, hay que gagnarnos el pan con el sudor del lapicero. En vez de mirarnos deberíamos apurarnos con el trabajo.

MANUEL: Bueno, lo graban el sábado.

ESTELA: ¿De qué parece? (Silencio.)
trata?

LUCAS: Un
comercial para los
cuadernos Atlas.

MARCO: Hmm...

MANUEL: (Muy
impetuoso y
expresivo.) Mejor
mostrar que el
papel aguanta todo.

ESTELA: ¿Los que
tienen un dibujo de
Dios con el mundo
acá?

ESTELA: Ajá. Para
que las mamás
comprendan.

MARCO: No es Dios,
doña Estela, es At-
las. Según los
antiguos griegos, él
tenía que cargar el
universo sobre los
hombros.

LUCAS: ¿Qué?
¿No les gustó?

ESTELA: Yo pensé
que era Jesús, o Dios.

MANUEL: Digo,
mostrar que en cada
cuaderno cabe un
mundo, lo que se
dibuja y se escribe
pero como si fuera
real... el papel sería
como Atlas que
soporta todo lo
que...

LUCAS: No, no, Dios
soy yo que tengo
que crear una idea
para el bendito cua-
derno. ¿Y qué le
importará Atlas a
los chicos? ¡Todo el
día de espaldas al
mundo! Pero ya
tengo algo,
escuchen. Ima-
gínense la historia
de un niño al que le
compran estos
cuadernos y usa
uno para matar una
mosca, para jugar
pimpón y para un
montón de tonterías
así, y al final el
locutor dice:
«cuadernos Atlas:
soportan el mundo
de la fantasía
infantil.» ¿Qué les

LUCAS: Pero de eso
no estamos hablan-
do, ¿les gusta mi
idea o no?

MARCO: A mí... no
sé.

ESTELA: Yo no
entendí nada.

LUCAS: ¡Usted
siga barriendo!

MANUEL: Si no me
hacen caso,
prefiero leer la
Biblia.

LUCAS: Caramba, ¡digan sí o digan no! (Pausa.)

va, comí mono, comí tortuga, comí cule-bra. Rica, doña. Algún día la voy a hacer probar.

MARCO Y MANUEL: (Se burlan a coro.) No.

ESTELA: No, gracias, si a usted le gusta es cosa suya.

LUCAS: ¡Pu-ñalada! Lo pensé dos días... ¡y no les gusta!

LUCAS: ¿Qué cosa es mía? ¿La culebra? ¡Se la presto!

ESTELA: A mí más me gusta la del joven Manuel. Digo, que se vea un maremoto dibujado en una tarea del colegio y ¡chás, el cuaderno se moja! Pero aguanta. Lue-go el chico escribe cordillera y al cuader-no le salen cerros, ¡pero no le pesan! Y bueno, este... así pues.

MARCO: Lucas, te estás pasando de la raya.

MARCO: Contratada, doña Estela.

LUCAS: Uy, cómo cuidan las rayas en esta oficina. Está bien, sigan nomás. Chico, ya que estás tan callado, cómete un chocolatito. (Escribe. Manuel se tra-ga otro bombón.)

LUCAS: Pero para barrer. (Ríe enojado.) En serio, ¿no les gustó? Voy a pensar otra. (Pausa.)

ESTELA: (A su vecina.) Y comía sin que-jarse, era tan inocente. Con don Marco escribían esas cosas para la radio, que el Rey Salomón, que el carro de fuego... Y don Lucas sus propagandas. Era medio sucio. Pero buena gente, de veras. Me caían bien, vecina.

MARCO: Manuel, ¿de veras te acuerdas de toda la historia?

LUCAS: La de Adán y Eva yo también me la sé, por si acaso.

LUCAS: ¡Hora de almorzar! ¿Acabaron?

MARCO: Tú escribe tu comercial, queri-do Atlas. A ver, Manuel, cuéntamela.

MARCO: No, pero casi.

MANUEL: (Resume.) Dios le dice a Adán: no comas de este árbol o se friegan. Pero Eva agarra una manzana y...

ESTELA: Yo sí. Me voy.

MARCO: ¿Y la serpiente?

LUCAS: Las mujeres siempre acaban antes que uno. Yo también salgo, doña. ¿Bajamos juntos?

LUCAS: ¿Qué? ¿Eva le agarra la serpien-te a Adán?

ESTELA: Siga nomás que voy a guardar mis cosas.

ESTELA: ¡Qué grosero!

LUCAS: Uy, sus cosas.

LUCAS: Grosero viene de grueso, doña.

MARCO: Yo voy bajando, el hambre me mata. Te espero en el kiosko, Lucas. Y tú, Manuel, piensa mientras comes a ver si terminas solo el guión. (Sale.)

MARCO: No fastidies, Lucas.

MANUEL: La culebra le dice a Eva que coma, que está rica...

LUCAS: Yo voy ahorita, Marco. (A Ma-nuel, por ella que se cambia en el baño.) Esta ya la tengo madurita, ¿cómo la ves? Siempre me hace ascos, pero va a caer. Y tú, ¿me conseguiste lo que te pedí?

LUCAS: ¿Rica quién? ¿Eva? ¿O la culebra?

MANUEL: ¡La manzana, don Lucas!

MANUEL: Don Lucas, ¿es en serio? Me bro-mea con eso todos los días...

LUCAS: Pero la culebra también, ¿o no, doña Estela? ¿Usted nunca ha comido culebra?

ESTELA: No.

LUCAS: No es broma, por supuesto que es en serio. Y la quiero chiquilla, te dije. Alguna vecinita de la casa de tu mamá...

LUCAS: Yo estuve veinte años en la sel-

MANUEL: A mi mamá no la visito, ¿y por qué cree que yo...?

LUCAS: No te hagas, conmigo no te ha-gas. Tú tienes tus relaciones, ¿sí o no? Entonces consígueme alguien para tener las mías. Chao. (Sale. Vuelve doña Este-la lista para irse. Queda frente a Manuel y lo mira con curiosidad. El espera a que ella hable.)

MANUEL: Doña Estela... disculpe a don Lucas.

ESTELA: ¿Disculparle qué?

MANUEL: Las cosas que dice... no sé...
(Come un bombón.)

ESTELA: Lo conozco de tiempo y ya me acostumbré, joven, son cochinas de viejo.

MANUEL: No me diga joven. Así usted pa-rece una abuela.

ESTELA: Pero no soy.

MANUEL: ¿Qué edad tiene?

ESTELA: 37. ¿Y usted?

MANUEL: «Y tú».

ESTELA: ¿Y yo qué?

MANUEL: Digo que no me diga usted, dí-game tú. Dime tú.

ESTELA: No, ¿después que van a decir los señores?

MANUEL: Dime tú cuando no estén. Si no te molesta.

ESTELA: No, no.

MANUEL: ¿Tú sueñas, Estela?

ESTELA: Todos soñamos. ¿Tú no?

MANUEL: ¿Sabes que no? Sólo cuando es-toy despierto. Por eso me gusta trabajar acá. Invento historias, escribo cosas... pero cuando duermo no veo nada.

ESTELA: Yo sí. Sueño que soy chiquilla. De niña iba siempre a la gruta de mi co-legio. Le llevaba flores a la Virgen.

MANUEL: ¿Sí? (Pausa.) Sabes que a veces

yo... ¿yo veo a la Virgen?

ESTELA: ¿Cómo?

MANUEL: ¿No crees que estoy loco, Estela?

ESTELA: No, pero cuente. Cuenta.

MANUEL: De repente estoy haciendo algo y me paralizó. Se me aparece la Virgen y me dice cosas. Yo he sido muy malo de muchacho. Me da vergüenza, pero a us-ted le puedo contar. Ojo que don Marco no sabe. Sólo don Lucas.

ESTELA: ¿Y por qué no sabe?

MANUEL: Porque no quiero decepcionar-lo. Es muy bueno.

ESTELA: ¿Y no sabe qué?

MANUEL: Yo de muchacho... (Se sirve un trago.) robaba cosas.

ESTELA: Bah, a todos los muchachos les da por...

MANUEL: No, no me entiende... si usted... si tú supieras no me hablarías. Iba al muelle y robaba de los almacenes, de los camiones. Vendía eso para comprar por-querías. Incluso iba a la Procesión a ro-bar billeteras. Por eso la Virgen... (Pau-sa.)

ESTELA: ¿Usted? ¿Y por qué me cuenta esas cosas?

MANUEL: Bueno, es que su voz... se oye tan confiada. Y quería advertirle, nada más. Y ahora me estoy sintiendo mal, no me concentro... tengo miedo de que los recuerdos vuelvan, y peor en la oficina. Aquí no puedo contarle a nadie, sólo a usted, estos asuntos no se hablan entre hombres.

ESTELA: Usted está muy joven para atormentarse. (Pausa.)

MANUEL: Te olvidaste del tú.

ESTELA: Uy, sí. La poca costumbre. (Son-ríen. Pausa.)

MANUEL: Dime... ¿qué se ve por la venta-na?

ESTELA: Los barcos. (Abre.) Esas cajas de fierro que cargan...

MANUEL: Containers. Así se llaman.

ESTELA: Eso. Los marineros se los llevan quién sabe adónde.

MANUEL: Como ataúdes, ¿no? Parece que entierran gigantes en el mar.

ESTELA: Así debe ser. Se ven los pájaros.

MANUEL: Las gaviotas. Se ríen de uno. ¿Dónde está usted?

ESTELA: Junto a la ventana. Se ve el mar, marrón cerca, azul lejos. (Manuel pone la mano en el hombro de ella, ambos de cara a la ventana.) Chicos jugando fútbol y...

MANUEL: ¿Tienes hijos?

ESTELA: No.

MANUEL: ¿Y esposo?

ESTELA: No. Vivo sola. Por eso me fastidia don Lucas, si tuviera quién me de fienda no hablaría así.

MANUEL: ¿Tú crees? (Pausa.) ¿Y qué más se ve?

ESTELA: Camiones. La callecita La Mar, donde están las cabezas de los héroes...

MANUEL: ¿Las has tocado?

ESTELA: No, sólo las he visto. Están sucias.

MANUEL: Yo sí, después que... me pasó esto. Son tan frías.

ESTELA: Ustedes ven con las manos.

MANUEL: ¿Cómo es tu cara, Estela?

ESTELA: Es... un poco redonda. (Manuel bebe a pico de botella y toca el rostro de Estela.)

MANUEL: No te puedo imaginar. Antes sólo podía tocar una mujer en mi imaginación. Ahora ni tocando me la puedo imaginar.

ESTELA: Ya se acostumbrará. Mire a los señores, han hecho su vida.

MANUEL: ¿Y eso es vida? ¿Venir todos los días al mismo lugar a oír cómo se van

los barcos? ¿A quejarse del café? ¿A tocar mapas? ¿Contar los paraderos del micro para saber dónde bajar sin poder mirar afuera? Dígame: ¿ellos la han tocado? ¿Saben cómo es usted? (Bebe.)

ESTELA: ¡Jamás! A don Marco ni se le ocurre. Don Lucas una vez quiso pero lo despaché.

MANUEL: O sea que sólo yo sé cómo eres.

ESTELA: Ajá. Pero no cuente, ah.

MANUEL: (Tocándole la mejilla.) Tienes la piel tan...

ESTELA: ¿Tan qué?

MANUEL: Tan caliente. Mucho.

ESTELA: ¿Ah, sí? Es que soy nortea.

MANUEL: (Le toca el cuello.) Se te siente el corazón. He tocado a poca gente, pero nunca les sentí el corazón. (Pausa. La palpa con curiosidad.)

ESTELA: ¿Usted vive solo?

MANUEL: Sí.

ESTELA: ¿Y quién le cocina?

MANUEL: Una vecina, amiga de mi mamá.

ESTELA: ¿Y no ve a su mami?

MANUEL: No veo a nadie, Estela. (Ríe.)

ESTELA: Digo, ¿no la visita? ¿Y ella a usted?

MANUEL: No sabe dónde estoy. Hace tiempo que no tiene idea de mi vida. Y si me viera ciego, se moriría. Diría que Dios lo hizo para castigarla. Además, no quiero verla porque he sido muy malo, pero ahora tengo que cambiar. (Alucinado.) Esto es un castigo mío y no de ella, por eso tengo que cambiar. (Pausa.)

ESTELA: ¿No va a comer?

MANUEL: Sí, traje algo. ¿Quieres comer conmigo? Fíjate qué hay en esa bolsa. ¿Está mi frasco allí? Tengo que tomar pastillas para los nervios. ¿Encontraste? ¿Qué más hay?

ESTELA: (Busca en la bolsa de él.) Hay un

sánduche. Y una manzana. (Transición. A la vecina en el presente.) Y este chico que iba a cometer tanta maldad, decía que veía a la Virgen. Y bruta yo que no me imaginé la realidad. Es que era tan hermoso, con esos deditos no podía ser malo con nadie. Pero bien dice el profeta Elías: «el hombre busca a Dios porque su cuerpo encierra al demonio». Parecía un santo, ese miércoles comía como un pajarito, mascando des-pacio, tragando la sidra como los pollitos, y justo antes que me vaya... (Manuel sufre un arrebató y lanza las cosas a los lados.) Tiró todo. ¡Y hablaba!

MANUEL: No me castigues, Virgencita...

ESTELA: Rogaba al Señor que no lo castigues, ¿pero de qué? Yo no lo entendía, tenía que haberme dado cuenta de que era loquito, ¡qué torpe soy!

MANUEL: Perdona mi cobardía, Bella Señora...

ESTELA: Cálmate, cálmese, joven...

MANUEL: ¡Por Dios! Si volviera a vivir, diría que no. Moriría oponiéndome, Santa Madrecita, ¡pequé por omisión! ¡Por miedo!

ESTELA: No jure en vano...

MANUEL: No, ¡no! ¡No me des otra vez el infierno! (Se acerca a la ventana.)

ESTELA: ¿A dónde va?

MANUEL: Allá, ¡el infierno queda sobre el mar! (La abre.)

ESTELA: Cuidado.

MANUEL: Madre: perdóname por robar tus flores.

ESTELA: ¿Qué?

MANUEL: Yo me robé las flores de la gruta y se las di a una mujer. Tenía 11 años. Ya sabía lo que era bueno y era malo. (Se Calma. A Estela.) Perdóneme usted.

ESTELA: ¿Yo?

MANUEL: Perdóneme por no defenderla. por no haber hecho nada más que llorar. por no quererla como debí. Perdóneme usted. (Se sienta y llora. Ella le acaricia la cabeza.)

ESTELA: La Virgencita perdona a todos.

MANUEL: (Tembloroso.) Perdóname tú.

ESTELA: Sí, pero quieto, quieto...

MANUEL: Siempre que debía ser bueno me escondía en mis ideas, inventaba, duda-ba y no hacía nada... (Solloza. Duerme. Entran los viejos.)

LUCAS: Buenas tardes, doña Estela. (Ol-fatea.) ¿Sigue aquí?

ESTELA: Shh. El joven se durmió.

MARCO: ¿Qué raro? Bueno, tiene hasta las dos en punto. No es educarlo dejar que se duerma en la oficina.

ESTELA: Pero ensució todo.

MARCO: ¿Ensució qué?

ESTELA: Parece que se siente mal, se le cayeron las cosas.

MARCO: No lo engría, doña Estela. Deje de hacerle caso.

ESTELA: Es que está medio enfermo.

LUCAS: ¿Qué hablaron? De repente dijo algo usted y eso...

ESTELA: No, él habló. De la Virgen. De cuando era chico...

LUCAS: Esas historias no tienen importancia.

MARCO: No le haga caso, tenemos que ponerlo en vereda. ¿Se imagina? Si los genios del mundo se durmieran, no habría nada. Este chico es inteligente y le choca estar así, como a cualquiera.

ESTELA: ¿Cómo se quedó ciego?

LUCAS: ¿No le ha contado?

MARCO: Un accidente, me dijo.

LUCAS: No le vaya a preguntar, doña.

ESTELA: No, qué va. Hasta luego.

LUCAS: ¿Se va? (Descubre la botella vacía.) ¡Se tomaron todo!

ESTELA: Yo no. El solito. Hasta luego.

(Transición a un tiempo indeterminado: ella habla con un policía.) Me dio pena, de veras. Soñé con él ese día, capitán. Pero no tenía ningún frasquito de vene-no. Dijo que iba a traer uno para la rata del... ¿Drogas? Qué va, si tenía nomás un sánduche y una manzanita vieja que ni provocaba. Aunque creo que tomaba pastillas. ¿No eran para los nervios? ¿Qué? ¿Sólo caramelos? ¿Y por qué me engañó? Ay, no sé. Yo sólo limpié y me fui, casi ni hablamos. Pero me dio lásti-ma su ataque, si eran caramelos no le puede haber chocado el licor. Hablaba de la Virgen, pero adentro seguro que tenía al diablo, ¿no dice San Mateo que los poseídos son ciegos y jóvenes? No, relación personal ni con él ni con nadie, señor policía. Yo soy sólo... yo era solamente la mujer de la limpieza, la que barría los suelos y borraba las manchas. Ninguna relación personal. Compasión y miedo, porque estaban medio loquitos. ¡Y el chico! Le voy a contar su segundo ataque, el del otro miércoles. Cuando lle-gué se puso tan mal...

Salto al segundo miércoles de la historia. Marco está en el baño, Lucas y Manuel en sus escritorios, Estela no llega aún.

LUCAS: Te comiste el pastel.

MANUEL: Tenía brandy barato.

LUCAS: Pero te gustó. ¿Y probaste tu café?

MANUEL: ¿Por qué me hace esto, don Lucas?

LUCAS: A ver si te inspiras.

MARCO: (Sale secándose las manos.) Si-gamos con Abraham.

LUCAS: Yo no puedo. Estoy en mi comer-cial de bronceador.

MARCO: Piensa algo para nosotros y te damos un par de ideas.

LUCAS: Ah, ¿hablas de un canje de pri-sioneros?

MARCO: Sí.

LUCAS: Es que ustedes necesitan un diá-logo simplón, y lo que a mí se me ocurre es demasiado... pretencioso. Opino: Abraham era un perturbado.

MARCO: Muchas gracias. Sigue en lo tuyo.

LUCAS: (Insiste.) Como todos los gran-des asesinos, necesitaba un pretexto y un público espectador. Imagínense, de-bió sentirse realmente bendito: la fe era su pretexto y su observador era Dios.

MARCO: Ya empezaste con tus barraba-sadas. Yo tengo mi teoría de los compo-nentes mecánicos.

LUCAS: Déjame hablar, hombre. El ase-sino escoge a su público según su cali-dad, su firmeza, su categoría de asesino. No es lo mismo matar ante una multitud que hacerlo a escondidas, con veneno. Hay una consagración artística en el acto criminal. Si lo escondiera y fuera un buen asesino, la conciencia le increparía más la oscuridad que el mismo crimen. Y Dios es un gran criminal voyeurista que in-venta al hombre para que haga lo que él desea, y poder ver sus delitos. El hom-bre es como el video casero de Dios, ¿sue-na bien, no?

MARCO: Ahora óyeme, Manuel. Lucas es bueno pero todo lo explica así. En cam-bio yo apelo al crimen para detectar co-sas mayores, como Newton con la man-zana.

LUCAS: Eva también usó una manzana. Y Guillermo Tell. Si el bronceador fuera de manzana escribiría un comercial muy lindo.

MARCO: Los actos existen independien-temente de los hombres. Por ejemplo, la llegada a la Luna. Todos los seres hu-manos, como los engranajes de una ma-quinita, estamos dispuestos a ello, por-que sí. Es innato. Y un componente me-cánico nos va llevando a cada acto, uno por uno, como un gran reloj imperial de caja de ébano, que contiene en sí mismo la vida entera de su dueño, cada segun-do del rey o los del esclavo, según quién se apropie de él.

MANUEL: Como las palabras.

MARCO: Sí, pero con mayor exactitud. El hombre apunta a cada acto como la aguja se acerca al número 12. El minuterero lle-gará antes y dirá: yo estaba destinado a ser el primero. Falso. El reloj había des-tinado a cualquiera de sus agujas, y una por simple azar lo hizo antes que la otra.

Igualmente cualquiera de nosotros está destinado a cumplir hoy un gran crimen, mañana una fórmula, pasado un poema. Los grandes hechos, Dios los va haciendo cumplir de hombre en hombre, delegando sus tareas. Así todos podemos ser Dios por un segundo, cuando salvamos una vida...

LUCAS: O cuando matamos a alguien. ¿No vas a leer tu poema de hoy? Aprovecha que no traje el mío. Tienes campo libre.

MANUEL: (Deprimido.) Esperen, estoy pensando en lo que han dicho.

MARCO: (Ríe.) Ay, hijo, las ideas son como las pelotas. No tienen ninguna gracia, pero si uno inventa ciertas normas a su alrededor, la humanidad entera se pone a perseguirlas.

LUCAS: A las ideas, como a las pelotas y a las mujeres, hay que atraparlas primero y luego deshacerse de ellas con una buena patada.

MANUEL: O sea que estamos destinados a cumplir un guión.

MARCO: No, un guión tiene personajes escogidos con acciones fijas. Esto es como una canción que se improvisa, como los duelos de coplas entre gauchos argentinos, pero lo terrible es que alguien, allá arriba, ya sabe la letra de cada estrofa. Y sólo espera que la digamos.

LUCAS: Mi opinión es la del teatro. La religión es un ataque de exhibicionismo histórico que empezó hace cinco mil años y no termina todavía. Nosotros hacemos lo que queremos que otros vean. O si no, otros nos inducen a hacer lo que quieren ver.

MANUEL: (Desesperado.) ¿Y si yo, por ejemplo, me quisiera matar? ¿Es porque quiero que me vean morir? ¿O porque Dios me está usando de instrumento en contra de mí mismo?

LUCAS: O porque alguien del público te está convenciendo de que hagas ese show.

MANUEL: No puede ser. ¿Y uno dónde queda?

MARCO: Estábamos en manos de Dios hasta que el hombre inventó los espejos.

MANUEL: (Llora.) No acepto eso... (Lanza un crucifijo que Marco tiene en el pupitre, y casi le da a él.)

MARCO: Hijo, no es para tanto...

MANUEL: No acepto el orden, don Marco. ¿Y los sentimientos? ¿Y las culpas cómo se miden, con trigonometría?

LUCAS: Con geometría plana, tonto.

MARCO: (A Lucas.) No lo fastidies.

MANUEL: (A Lucas.) Usted nunca habla en serio. Pero a mí me pone nervioso. Y usted también, don Marco. Tienen una respuesta para cada pregunta y eso... no puede ser.

LUCAS: ¿Por qué no? No somos imbéciles.

MANUEL: No, uno se castiga. No los demás. No Dios.

MARCO: Manolito, sólo se castigan los que nadie quiere, porque no tienen ni quién los perdone ni quién los resondre.

MANUEL: Eso mismo, Virgencita. Eso es. (Tropieza con la cafetera en su camino al baño. Entra y da un portazo.)

El rugido de un avión irrumpe y los viejos gritan al cielo.

LUCAS: ¡Deja de vigilarme!

MARCO: ¡Que no se desespere, Señor!

De golpe, doña Estela entra y el avión calla. La acción de los hombres se congela.

ESTELA: Cada vez que pasaba un avión gritaban al cielo un secreto. No se oían ni ellos, porque el aeropuerto queda muy cerca. Y según don Marco, cuando era chico le decía a su mamá que los aviones son cruces que vuelan.

Cierra la puerta y la acción se reinicia. Marco se apoya en la puerta del baño, con angustia. Lucas fuma y pela una naranja.

LUCAS: Doña Estela, buenos días. La última perturbación que nos faltaba.

MARCO: No hables tonterías, Lucas, esto no es broma.

ESTELA: ¿Qué pasa?

LUCAS: Ah, un ataque de autocomplacencia que Marco no puede admitir.

ESTELA: ¿Cómo?

LUCAS: Nuestro joven discípulo se encajó en el baño.

ESTELA: ¿Y?

MARCO: ¡Sal, Manuel!

LUCAS: Que Marco se aterra y yo sólo digo: son las necesidades naturales de todo varón joven...

ESTELA: Usted es un sucio.

LUCAS: A mucha honra.

MARCO: ¡Manuel, sal!

LUCAS: Marco, te dije que a ese chico le faltaba un tornillo.

MARCO: Doña Estela, Manuel esta mal. De pronto, cuando yo iba a leer mi poe-ma... se encerró!

LUCAS: Déjalo allí, es su problema.

MARCO: No, Lucas, somos responsables de él, nos lo dieron en custodia, acuérdate. ¡Siempre le corres a las responsabilidades!

LUCAS: Bah, Marco, ¡tonterías de chiquillo!

MARCO: Sal, Manolo, por favor. (A ella.) Se puso a llorar de repente. Llegó triste. Yo abrí la ventana y creo que el olor del mar... ¿Manolo?

LUCAS: Manolo debe estar con Manola, ¡no le hagas caso!

MARCO: El pastel tenía licor, ¿le habrá chocado?

LUCAS: No, hombre, si con eso no se emborracha ni un ratón. Era así... (Indica con los dedos el tamaño del pastel.)

MARCO: Yo me afeito aquí, Lucas. Tú también.

LUCAS: ¿Y qué?

ESTELA: (Toca.) Joven Manuel, ¿se sienten bien?

MARCO: Tumbó la cafetera.

LUCAS: El café es espantoso.

MARCO: No bromees, hombre. esta juventud es incomprensible. ¡Tiró mi crucifijo!

ESTELA: ¿El que usa de pisapapeles?

MARCO: No, los ciegos usamos las cosas de otra manera.

LUCAS: ¡Y se lo lanzó a él, que tanto lo educa!

ESTELA: Es de bronce. Suerte que no le cayó.

MARCO: Manuel... No nos pongas nerviosos...

ESTELA: ¿Pero qué puede hacer allí? Déjelo tranquilo como dice don Lucas.

LUCAS: Yo voy a sacarlo. (Va hacia la puerta y en el camino, su mano toca con decisión el pubis de la mujer. Ella lo retira con un golpe.)

ESTELA: (En el presente.) Y entonces me tocó, vecina, al acercarse a la puerta. Pensó que no me di cuenta de que lo hacía a propósito. Me puso la mano ¡así! (Se pone la mano entre las piernas.) Y hasta él se asustó de su puntería exacta. Lo saqué de un empujón y don Marco, tan ingenuo lo vi en ese momento, pensando en el ajedrez y los planetas, ni se dio cuenta. Pero de inocente no tenía un pelo, ya sabe el crimen que cometió después. ¿Por qué sino lo busca la policía? ¿Por qué se escapó? (Retorna al pasado.)

MARCO: Manuel, no quisimos incomodarte.

LUCAS: Eran sólo bromas, mocoso. ¡Sal!

ESTELA: ¿Qué pasó?

LUCAS: Empezó a molestarse...

MARCO: Le habló a la Virgen, ¿no?

LUCAS: Tonterías.

MARCO: Y tú lo estuviste fregando.

LUCAS: Ya está bien grande para afectarse por...

ESTELA: ¿Y por qué están tan nerviosos?

MARCO: (Susurra.) Porque dijo que se iba a matar.

ESTELA: ¡No! ¡Manuel! ¡Joven! (Se pegan a la puerta y oyen.)

MARCO: ¿Escucharon? ¡Está abriendo el botiquín!

ESTELA: Yo, nada.

MARCO: Está llorando.

ESTELA: ¡No oigo!

LUCAS: Cállese. ¿Manuel?

ESTELA: ¿Hace rato que... ?

MARCO: Una hora.

ESTELA: ¿Pero sigue bien, no? ¿Hace ruidos?

MARCO: Está quejándose de algo.

ESTELA: ¿A qué huele?

MARCO: A alcohol. ¡Manuel!

LUCAS: ¡Se lo está tomando!

MARCO: Lo tiró al piso.

ESTELA: ¡Yo no oigo nada!

LUCAS: Manuel...

MARCO: Está respirando. No estará haciendo ninguna locura, ¿verdad? ¿Por qué los jóvenes pierden el control?

LUCAS: Porque está loco. ¡Hay que tirar la puerta!

ESTELA: ¿No hay una llave en el armario? (Va por ella.)

MARCO: Yo empujo, hay que hacerlo sin riesgo.

LUCAS: No, yo lo hago.

MARCO: ¡Tú has metido la pata muchas veces, no le tires la puerta encima!

LUCAS: ¡Yo lo saco!

MARCO: ¿Y si lo matas?

ESTELA: No está... (Busca.)

LUCAS: Sal de allí.

Patea la puerta. Antes de hacerlo otra vez sale Manuel en calzoncillos. Sangra levemente de muchos pequeños tajos que se ha inferido en brazos, torso, rostro y piernas. No son profundos pero todos sangran.

MARCO: ¿Manuel?

LUCAS: Huele a sangre.

MARCO: (Lo toca.) Dios mío, qué te has hecho... (Huye al baño.)

ESTELA: (Al verlo.) ¡Ay, señor! ¿Estás bien? ¿Sí? (Va por una toalla y empuja en el camino a Marco.)

LUCAS: ¿Qué le pasó?

ESTELA: No lo toque, se ha cortado...

LUCAS: Pero sigue de pie. ¿Se cortó el cuello? ¿Está mal?

ESTELA: (Vuelve y lo cubre.) Salga del camino, voy a taparlo. (Don Marco vomita en el baño.)

MARCO: ¡Acá hay una gillete mojada con sangre!

LUCAS: ¿Doña Estela, se mató? ¡Sigue parado!

ESTELA: Sólo la piel, pero poco... Tranquilo, don Marco, tráigame curitas...

MANUEL: San Sebastián.

MARCO: (Vuelve.) ¿Qué dice?

MANUEL: San Sebastián.

LUCAS: Está loco.

MARCO: (Lo abofetea.) ¡Idiota! Uno que-riendo enseñarte a producir, a cumplir una rutina, a ser normal, y tú... Mira con lo que sales. ¿Así quieres escribir sobre Dios? ¿Así quieres interesarte en la ciencia?

ESTELA: (Le pega curitas.) No, joven, esto no se hace...

MARCO: ¡Déjeme decirle lo que se mere-ce! ¡Eres un cobarde, un irresponsable! ¡Un ingrato! Hemos tratado de que en-tres en el molde sacándote del asilo, ha-ciendo que te pongan un cuarto y... ¡mira cómo pagas! ¿Qué crees que pasaría si informamos esto, ah?

LUCAS: ¿Y qué diría tu madre, sabes?

MANUEL: No, mi madre no.

LUCAS: Tenemos que hablar con ella y contarle todo.

MANUEL: No, no quiero...

LUCAS: ¿Dónde vive, Manuel?

MANUEL: No le voy a decir...

LUCAS: ¿Dónde vive tu madre?

MARCO: ¿Ella vive, cierto? ¿No eres huér-fano? (A Lucas.) No es...?

LUCAS: ¡Que lo diga él! ¿Dónde está tu madre?

MANUEL: ¡Ella no!

LUCAS: ¿Dónde vive! ¿Tiene teléfono?

MANUEL: No... (Llora callado, infantil.)

ESTELA: Déjenlo en paz, ¿por qué lo aco-san?

MARCO: ¡Por irresponsable! ¡Por no cum-plir con lo que se propuso! ¡No puede portarse así quien escribe para la vida y sobre Dios!

MANUEL: Dios es ciego.

MARCO: No te permito eso. Siempre has sido bueno. ¿No estabas en un grupo religioso cuando chico? ¡Allí no entran delincuentes que se cortan la piel!

MANUEL: Lo engañé, ¿verdad, doña Este-la?

ESTELA: No lo regañe, mire que lo quiere mucho...

MARCO: ¡Nadie se hace daño delante de alguien a quien quiere! No hay que ser... (Suspira.)

MANUEL: Dios le pidió a Abraham que

mate a su hijo. A Moisés que no pise su tierra. A Jesús que muera en la cruz. A mí me ordenó arrancarme la piel. ¿Re-cuerda el sábado pasado, el capítulo de los apóstoles? Si tus pies te sirven para ocasión de pecado, ¡córtatelos! Y si tu piel es ocasión de escándalo... ¡jarráncatela!

LUCAS: Hay que encontrar a su madre.

MANUEL: No, mi mamá no, por favor... dé-jenla en paz...

MARCO: Ya no hables, Manuel. (Pausa.)

ESTELA: (Termina de pegarle las bandas.) ¡36 curitas! ¡Qué barbaridad! ¡Suerte que tenían la caja llena!

MANUEL: Doña Estela, tome. (Recoge el crucifijo.) Guárdelo. No debe estar aquí hasta que yo me vaya...

LUCAS: Y yo tengo que entregar esta tar-de el comercial de bronceador.

MARCO: Y no hemos acabado el progra-ma de este sábado.

LUCAS: ¿No lo habían escrito?

MARCO: Sí, pero la radio no entiende braille. No hemos grabado el cassette con la lectura.

LUCAS: ¿De qué están hablando, doña Estela?

ESTELA: Eh... (Esconde el crucifijo en su blusa.) De nada, don Lucas. (Sacude todo con su plumero y con esa acción, volvemos al presente. Encuentra la casetera, la enciende.) Escuche, vecina.

Suena en la grabadora un drama bíblico leído con exageración por Marco y Ma-nuel, como guía para los locutores de radio.

MARCO: «¡Abraham, Abraham!»

MANUEL: «¿Sí, mi Señor Dios?»

ESTELA: Es la voz del joven que murió. Y de don Marco.

MARCO: «¡Te pondré a prueba para ver tu amor por mí! Toma a tu hijo Isaac, a quien tanto amas, y llévalo a Moriyyá!»

MANUEL: «¿Para qué, mi Señor?»

MARCO: «Quiero que lo sacrifiques por amor a mí».

MANUEL: «Pero Señor...»

MARCO: «¡Te estoy poniendo a prueba!»

MANUEL: «Y tomó Abraham a su hijo y viajó tres días hasta Moriyyá. Ahí, con la leña que cargaba consigo, preparó el altar del sacrificio».

ESTELA: Así trabajaban, vecina.

MANUEL: «¡Padre mío, Padre Abraham!»

MARCO: «Sí, Jacob».

MANUEL: «Veo la leña del sacrificio y el altar del holocausto, ¿pero dónde está el cordero?»

MARCO: «Hijo Mío, Dios ya ha señalado a su cordero».

MANUEL: «Me estás atando, Padre, ¡Padre! ¡Me estás poniendo en el altar! Padre, ¡no tomes tu cuchillo para el sacrificio! ¡Padre, no lo alces contra mí, contra mí no, Padre!» (Ruidos extraños, silencio, una tos, luego la voz de Lucas.)

LUCAS: «La piel sufre con el sol, con la naturaleza constante e inclemente que hiere a las piedras y erosiona al mundo. Pero tu piel no debe ser tu punto débil. Defiéndela con ULTRA SHIELD. Protégete y vive a flor de piel con... (Se interrumpe.) No es una gran idea, pero bueno...»

La mujer apaga la máquina. Ve si la vecina está mirando. Saca de su pecho otro cassette y lo pone.

ESTELA: (Para sí.) Supe que me estaba enamorando cuando soñé con él esa noche. me había dormido mirando al crucifijo, y lo vi. (Entra Manuel al sueño.) Tenía flores en la mano, me sonreía. Esto no se lo puedo contar, vecina, me lo digo a mí misma porque guardo una verdad dentro de otra. Tenía curitas en todo el cuerpo y un pañal, y me daba su ramo chiquitito. Yo lo abrazaba suave, como me provocó hacerlo cuando lo vi herido, y él me besaba la frente y nos quedábamos así, callados. Y a un lado -qué raros son los sueños- estaba don Lucas (Aparece.) sacándole punta a varios lápices, y con el último se cortaba el dedo

y se lo chupaba. Luego nos los tiraba sin ver, como en el circo, y los dos abrazados, muertos de risa, abríamos los brazos y los lápices pasaban cerquita pero no nos caían, y nos reíamos. De pronto voltee y ya no estaban Manuel ni don Lucas. Esperé dormida y luego despierta, que pasara volando esa semana, con ganas de verlo aunque no me viera y con miedo de las otras locuras que (yo estaba segura.) ese chico iba a cometer. (Rasca el suelo. Transición al miércoles siguiente.)

MARCO: ¿Sale o no sale, señora?

ESTELA: Es una barbaridad de gotitas, se pegan como pintura. Y ya tienen una semana.

LUCAS: Es que usted se fue sin limpiar.

ESTELA: Me puse nerviosa.

LUCAS: Los miércoles son los días de ponerse nervioso. Porque Marco lee su poema y usted huele cuando se cambia de ropa.

MARCO: Ahora que la rasca, vuelve a oler.

LUCAS: ¿Quién? ¿Doña Estela?

MARCO: La sangre, hombre.

LUCAS: ¿La sangre de quién?

MARCO: Ya, por favor.

LUCAS: Nuestro cuento famoso podría tener ese tema, un diálogo entre manchas de sangre contando lo que pasó.

ESTELA: (Rasca el suelo.) Las manchas de sangre no hablan.

MARCO: Y los animales no escriben, pero hay una novela llamada La Metamorfosis, narrada por una cucaracha.

LUCAS: Y una famosa autobiografía de un burro titulada Platero y yo.

ESTELA: Esa sí la he leído. (Se apoya en el pupitre de Lucas.)

LUCAS: ¿Qué hace?

ESTELA: Limpio.

LUCAS: No toque mi cajón.

ESTELA: Caray, ese cajón secreto me in-triga. Voy a venir una noche solamente para ver lo que tiene allí.

MARCO: Debe estar lleno de cigarros.

ESTELA: No: ¡de naranjas!

Pasa un avión atronador. Los ciegos gritan sus frases inaudibles al cielo. Manuel lle-ga lozano y cubierto de curitas. Los vie-jos dialogan sin sentir que está de pie en el umbral.

ESTELA: (Enjuaga un trapo en el baño.) ¿Y alguien ha visto a esa rata que dicen?

MARCO: ¿Verla? No hay cómo. Pero allí está.

ESTELA: (Escéptica.) Subió trece pisos por ustedes. ¿Y cómo está el joven Ma-nuel?

MARCO: Extrañándola.

ESTELA: ¿De veras?

LUCAS: Pregunta por usted.

ESTELA: ¿Ya está mejor?

MARCO: Se está olvidando de sus cosas. La gente imaginativa sufre, y como re-cién le ha pasado lo de la vista, usted entiende. Y es un chico solo. No habla del pasado, pero tratamos de que recuer-de su formación religiosa...

LUCAS: «Tratamos» es mucha gente.

ESTELA: ¿Cuál formación?

MARCO: Estuvo en un grupo religioso, un coro, algo así. La religión ordena el alma. Y un chico no se malogra de golpe...

ESTELA: Pero él me contó que antes...

LUCAS: Lo de antes se lo recordaremos sólo cuando convenga, doña.

MARCO: «Se lo recordaremos» es mucha gente.

LUCAS: Y no le crea nada, ese chico miente para caer bien.

ESTELA: Usted lo conoce hace tiempo, ¿no?

LUCAS: ¿Yo? Jamás he visto a ese loquito.

MARCO: Ahora le dices loquito (A ella.) pero fue el más animoso por él, escogió su nombre a ciegas en la lista de la Aso-ciación de Apoyo. Y yo no creo que mien-ta para caer bien; a mí no me ha menti-do. Creo que tiene crisis de fe. Eso les da a los chicos, se sienten culpables de cosas que no han hecho.

ESTELA: A mí me dijo que...

LUCAS: No le crea nada, puro cuento. Como cuando llega tarde y nos inventa pretextos.

MARCO: Lucas, tú sabes que para un cie-go es difícil saber si se ha despertado o si sigue soñando...

ESTELA: ¿Y a qué hora llegará? (Asoma. Lo ve.) Y de pronto, ya estaba allí. Me callé por la sorpresa y don Lucas se dio cuenta. Los ciegos sienten hasta los co-lores. Don Marco sólo captaba lo que encajaba en su cabeza, pero don Lucas...

LUCAS: Doña Estela... ¿qué pasa? ¿Lle-gó Manuel?

ESTELA: El chico brillaba sintiendo mi olor.

MANUEL: Buenos días. ¿Cómo está, doña Estela?

LUCAS: Esperándote.

ESTELA: Bien, gracias. ¿Y usted?

MANUEL: Igual que siempre, pero como soy tímido con usted...

LUCAS: Se siente «cortado». (Ríe.)

MARCO: Hola. ¿Pensaste los diálogos para San Pablo?

ESTELA: Ni se ha sentado y ya le está pi-diendo trabajo.

MARCO: Es que lo odio cuando llega tar-de. ¿Leíste la Biblia?

LUCAS: Al menos se levantó, que ya es bastante. Pasas más tiempo en la cama que novios en luna de miel. ¿No tendrás algún pasatiempo oculto, Manuel?

MARCO: Lucas...

LUCAS: Digo, un pecadillo, alguna ladro-

na de sueños que entre por las noches...
MANUEL: No, pero últimamente sueño con una.

ESTELA: ¿Con quién?

LUCAS: ¿No será con la Virgen?

MARCO: ¡Lucas!

LUCAS: Perdón...

MANUEL: No, es una mujer muy linda que me tutea. ¿Han notado que a los ciegos nos tratan siempre de usted?

LUCAS: No sé. ¿Usted que opina, don Marco?

MARCO: Lo mismo que usted, don Lucas, pero no conozco ciegos así que no sé cómo los tratan. ¡Apenas vea uno, le pre-gunto! (Ríen.)

MANUEL: Traje una idea para los focos... no recuerdo la marca.

LUCAS Y MARCO: ¡LUMIMAX!

MANUEL: La idea es así: vemos un foco encendido que de pronto se pone amari-llo...

MARCO: En mi época todos eran amari-llos.

MANUEL: Se pone amarillo y se escucha un corazón palpitando y una señal que hace pip-pip-pip y de pronto el foco em-pieza a inflarse y desinflarse como si res-pirara, como si fuera a darle infarto, y se acelera el corazón y la señal, más rápi-do, hace pi-pi-pi ...

LUCAS: O sea: ¡se hace pipí! (Ríen.)

MANUEL: Escuchen, pues. Hace pi-pi-pi y luego un piiii largo y el foco muere y se desinfla. Y una voz dice: ¿por qué com-prar un mal foco para verlo morir? Com-pre LUMIMAX: ¡luz que vive eternamen-te!

MARCO: ¡Bravo! (Aplau-de.)

LUCAS: No sé... yo tenía otra idea...

MARCO: ¿Cuál?

ESTELA: Esa está bonita.

LUCAS: Pero está bien, usemos esa. Para que escribas tu primer comercial.

MARCO: No está mal para ser la primera vez.

MANUEL: Pero me costó, eh.

LUCAS: La primera vez siempre duele.

MARCO: Ya veo que de San Pablo no se te ocurrió nada.

MANUEL: Es que me distraje con los focos... ya me conocen...

ESTELA: Pero tiene lindas ideas, joven Manuel.

LUCAS: Cada vez que le dice joven Ma-nuel siento que me va a decir viejo Lucas.

MARCO: No sería injusto. (Ríen.) Ah, buenas noticias: ¡hoy salimos temprano!

LUCAS: (Pela su naranja.) ¿Por qué? ¿Día Nacional del Ciego?

MARCO: Mejor, payasito: día de la proce-sión.

LUCAS: ¡Vamos! Por ahí nos toca un milagrito. Sería la gran obra de Dios de-jarme volver a ver a las dueñas de este valle de lágrimas.

MARCO: Su gran obra sería que además de ciego te deje manco. ¿Vas a portarte bien en la procesión?

LUCAS: Siempre me porto bien. Y si me apuras, te diría que ya me aburrí de eso.

MARCO: No te hablaba a ti sino a San Sebastián.

MANUEL: ¿Yo? Nunca he ido. Digo, en esta parte de mi vida.

LUCAS: Sólo cuando te portabas bien.

MARCO: Entonces... ¿salimos?

LUCAS: Hay que llevar plata para comer picarones.

MANUEL: ¡Llevemos una tacita y pidamos limosna!

LUCAS: No me hace gracia.

MANUEL: No se moleste. ¿Viene, doña Es-tela?

ESTELA: ¿Yo?

LUCAS: Claro, así nos dice dónde está la imagen, para no acabar rezándole al ca-ballo de San Martín.

MARCO: Usted debe ser muy buena ca-tólica.

LUCAS: Usted debe ser muy buena. Punto.

ESTELA: Voy. Hace tiempo no veo al Se-ñor de los Milagros.

LUCAS: Si quiere un milagrito, pídamelo a mí.

MARCO: Que tú hagas algo bueno ya se-ría milagro.

MANUEL: ¡Shh!

Los tres ciegos se paralizan, atentos al si-lencio. Estela no entiende pero calla.

LUCAS: ¿Oyen otra vez? (Pausa.)

MARCO: La rata.

ESTELA: Yo, nada.

LUCAS: La Gran Rata que dirige el Uni-verso. Está ordenando sus cosas, como cada millón de años.

MANUEL: Parece que rascara adentro del pecho de uno.

MARCO: (Alegre.) Antes no la oías y aho-ra puedes.

LUCAS: Hablando de ratas, por qué no nos ponemos artistas antes de irnos y lees tu poema de miércoles?

MARCO: ¿Y el tuyo también? Salvo que otra vez lo hayas dejado en tu casa...

LUCAS: No, no, lo traje.

MARCO: Aquí tenemos otro olvidadizo: (A Manuel.) ¿trajiste el veneno?

MANUEL: ¡Uy! (Se golpea la frente.) ¡Me olvidé!

MARCO: Tienes tan buena memoria que hasta programas lo que te vas a olvidar.

MANUEL: Voy a llevarme algo para acor-darme...

ESTELA: Hágase un lazo en la muñeca.

MARCO: Ya sé: llévate la rata.

MANUEL: Es que es un frasquito chiqui-to...

LUCAS: ¿Frasquito? ¿Es un líquido?

MANUEL: Ajá.

ESTELA: ¿Y cómo se lo van a dar a la rata, joven?

MANUEL: Cierto...

MARCO: Podemos invitarla a jugar ajedrez y en un descuido, ponerle dos gotas en la boca...

ESTELA: O le invitan un café.

LUCAS: Si logramos que se tome este café, ya no hace falta el veneno. (Ríen.) Apúrate, lee el poema que nos perdimos cuando este se hizo ranuras de alcancía. ¿O ya te olvidaste de eso también?

MANUEL: No fastidie...

MARCO: Nadie se acuerda, Manuel. No te preocupes.

LUCAS: Lee. Al mal paso darle prisa.

MARCO: Te mueres de envidia.

LUCAS: Por qué, yo también he escrito el mío.

MARCO: Pero la semana pasada no hicis-te nada, puro cuento lo del olvido. Bien dijo Einstein que por cada genio que nace, diez mediocres conspiran en su contra.

LUCAS: Seguramente tu poema conspi-ra contra Einstein. Lee.

MARCO: Acá va. Se titula «DE LA TIERRA A LA LUNA».

LUCAS: Qué original, Marco Verne. Lee y no hagas teatro.

MARCO: Bien. (Lee.)

Cuerpo blanco y redondo girando junto al

mío,
Unidos y alejados por celestiales reglas Vi-vimos.
Yo te observo. tu rostro es siem-pre el mismo,
Sonriendo de costado y haciendo guiños. Ruegas
En silencio queriendo fundirte con mi es-fera
Mas sabes que los orbes que se acercan estallan
Y al pensarlo te opacas, tiembblas, te deses-peras,
Tu albedo palidece. Y el universo calla. Dirás que
te utilizo para que mis mareas No inunden mis
montañas. Mas yo quiero
que veas
Que si seguimos lejos a pesar de tus an-sias
Es porque así lo exigen las órbitas que hollamos
Y la gran ley del cosmos que vemos y calla-mos:
Los astros alimentan amores con distan-cias.

LUCAS: Tu inspiración anda tan afilada como mi
navaja.

ESTELA: Pero no tan sucia.

LUCAS: Ahora el mío. Tiembla, Marco.

MARCO: Parió Paula.

ESTELA: Apúrense.

LUCAS: Su título es muy apropiado para esta
oficina: (Lee.) «Poema al café».

Le robas el sueño a la noche. Eres
la sangre de la muerte. Enlutas las ideas y llenas
los mares con tu oscuridad.
Chamanes antiguos
torturaron a los locos hasta destilar su odio y
condensarlo en granos traicioneros. Hoy
las mujeres
te lanzan hacia el sol y tu herejía crece entre poetas
y homicidas a los cuales des-
pedirás
cuando zarpen hacia el averno -una oscu-ra paila
hirviente-
en el cual se agitarán, eternos, perfuma-dos
girando a la deriva en una caja negra.

MARCO: Un poco fúnebre, pero muy tuyo.
Vámonos de una vez, mañana trabajamos.

ESTELA: Yo tengo que limpiar...

MANUEL: ¿La espero?

MARCO: Allá nos encuentra, hijo. Vamos.

LUCAS: Voy a anotar la idea de los focos, vayan,
los alcanzo.

MANUEL: Entonces... a la calle. (Sale fe-liz.)
¡Doña Estela, no falte!

MARCO: No tan rápido, espera... (Sale.)

ESTELA: ¿Usted se va a demorar? (Em-pieza a
cambiarse confiada.)

LUCAS: ¿Por qué? ¿Tiene apuro?

ESTELA: Con la procesión no entran micros al
centro, hay que caminar... y si usted fuma y
come yo no termino de lim-piar.

LUCAS: Qué importa. ¿No ve que por fin estamos
solos?

ESTELA: ¿Y?

LUCAS: Ya sabe. A un hombre no se le basurea
así. Mire que no tiene marido.

ESTELA: Déjese de hablar y apúrese.

LUCAS: La que tiene que apurarse es usted,
venga... (Trata de cogerle una mano. Ella lo
esquiva.) No se corra.

ESTELA: No me haga enojar, oiga.

LUCAS: ¿Le dan miedo los hombres?

ESTELA: No.

LUCAS: Entonces le damos asco los cie-gos.

ESTELA: Tampoco.

LUCAS: ¿Entonces los hombres viejos?

ESTELA: Don Lucas, ¿a qué tanta pregun-ta?

LUCAS: Porque Manuel es ciego y es hombre,
pero no le tienes asco. Lo miras con ganas,
¿verdad? Los ciegos sabemos, sentimos las
miradas como balas que sil-ban. Lo miras, ¿no?

ESTELA: ¿Por qué me habla así?

LUCAS: ¿Te quieres acostar con él?

ESTELA: En eso nomás piensa.

LUCAS: No me trates de usted. Trátame como a él.

ESTELA: ¿Cómo?

LUCAS: Así, sin saber bien si de usted o de tú. Como se ponen las mujeres cuando les gusta un hombre. Quieren estar serias y no pueden. Quieren hablar poco y vomitan el diccionario entero. Nerviositas. Como usted.

ESTELA: No invente, don Lucas.

LUCAS: ¿Inventar? Nunca. Sólo cuando trabajo. Lo que pasa es que no me quieres dar bola. Suerte la de los jóvenes.

ESTELA: No se acerque.

LUCAS: No la estoy tocando.

ESTELA: Ya querrá tocar.

LUCAS: ¿Por qué no? Sólo toco mis libros en braille, la máquina en braille, mi barba en braille. Puntitos y agujeritos. Yo podría leer su piel, doña Estela.

ESTELA: Yo no soy libro abierto.

LUCAS: Por todos lados. Leería sus poros, su piel de gallina... usted debe tener muchas historias, un pasado profundo...

ESTELA: Qué tal imaginación. Apúrese. Mejor limpio en la noche. (Detiene su cambio de ropa.)

LUCAS: ¿Me lleva de la mano? Así bajamos la escalera.

ESTELA: Usted siempre baja en ascensor.

LUCAS: Pero me provocó, por conversar...

ESTELA: Baje solito, yo no aguanto trece pisos. Y menos con usted. (Abre la puerta y cierra. Por tomar su cartera queda dentro y oye a Lucas, que se cree solo.)

LUCAS: Espere... Se fue esta puta de mierda.

ESTELA: No se fue. Se quedó escuchando.

LUCAS: Perdón. Me puse nervioso.

ESTELA: Lo espero abajo. (Sale.)

LUCAS: Metí la pata. Mujeres. Pero todas las manzanas caen del árbol. (Sale.)

SEGUNDO ACTO

Las dos parejas recorren las calles atestadas de gente que asiste a la procesión. Entra Estela seguida por Lucas, buscando a Manuel en una persecución romántica e infantil. Ella enciende una o más grabadoras en escena, que recrean distintos planos sonoros: carros, multitud, música de banda, una radio transmitiendo programas religiosos, un organillero, niños jugando, vendedores ambulantes...

ESTELA: El día de la procesión ocurrió todo. (Sale.)

Este trayecto se recrea irrealmente con sonidos, extras amorfos y luces. Los extras encarrilan a los actores como si fueran niños jugando a la gallina ciega. Entran Marco y Manuel. Ríen como niños y beben a pico de botella.

MARCO: La banda está cerca.

MANUEL: ¿Ha visto la Procesión de Luren? Si pide un deseo y ve que Cristo tiene los ojos abiertos, se le cumple. Si los ve cerrados...

MARCO: Salado. Salud por eso.

MANUEL: ¡Oiga, un payaso!

Salen hacia el payaso. Entran Lucas y Estela.

LUCAS: La banda está por acá...

ESTELA: Yo quiero ver al payaso...

LUCAS: ¡Venga, no pierda el tiempo! (La lleva por el otro lado.)

PAYASO CALLEJERO: (Su público lo rodea.) Y así fue mi vida, señores y señoras, mi vida de pobre, igualita a la de ustedes porque Dios nos fabrica a todos en una maquinita, con un martillo gigante y un desarmador. ¡De verdacito! ¿Quieren ver la huella del desarmador? (Enseña el tra-sero.) ¡Ahí está! Y a los maricones no los atornilla, ¡a esos hay que clavarlos! Y ahora, llegaron los voluntarios para pasar el sombrero... (Toma a los ciegos de la mano y les da dos sombreros viejos.) Vengan para acá. Hermanito, cógeme el sombrero. (Pone sobre su bragueta la

mano de Manuel.) ¡Te dije el sombrero, no la cabeza! (La gente ríe.) Lo bueno de estos es que no roban. (A los ciegos.) Den la vueltita pidiendo plata, tú por acá y tú por allá... ¡cuando se choquen es que ya terminaron! (Ríe. Los despacha a pedirle dinero al público.)

MANUEL: Don Marco, éste nos quiere co-ger de punto.

MARCO: ¿Te parece?

MANUEL: Venga conmigo cuando recoja. No diga nada.

MARCO: Pero...

MANUEL: Hágame caso. (Piden dinero.)

PAYASO: (Actuando.) ¿Saben el chiste del ciego en el parque? Dicen que un ciego está con calor, ¿no?, pasa por un parque y encuentra una lagunita, una pileta! Y em-pieza a tomar agua el cieguito y de repente siente en la cara un chorrillo caliente y dice: ¿quién es el cojudo que me está orinando la cara? Y el otro le contesta: ¡el cojudo eres tú, cieguito, que te estás tomando el agua del water! (Ríe. Se vuelve y descubre que los ciegos se han fugado.) ¿Mis som-breros? ¡Me robaron! ¡Ciegos de mierda! ¡Regresen! (Corre tras ellos, que han des-aparecido. Tropezca con Estela y Lucas.)

LUCAS: ¿Qué pasa?

PAYASO: ¡Me robaron, me robaron! (Bus-ca con la mirada y corre saliendo de es-cena.)

ESTELA: Ya ni a los artistas los respetan.

LUCAS: ¿Y cuándo los han respetado?

ESTELA: Mire, un monito de la suerte. (Un organillero hace bailar a su mono con un viejo aparato.)

LUCAS: Encadenado. Muerto de hambre. Un mono con suerte.

Apagón. Reflejos de colores llenan el esce-nario. Una linterna apunta al público.

MANUEL: Por acá...

MARCO: ¿Qué es esto?

MANUEL: ¡Qué va a ser, pues! ¡Un cine! ¿No oye?

Se sientan. Gritos, balazos, jadeos.

MARCO: Parece que están en la cama.

MANUEL: Yo creo que se están persiguiendo.

MARCO: Suena como si se estuvieran matando.

MANUEL: Creo que todo a la vez. (Ríen.)

MARCO: Salud por eso. (Beben. Imitan los ruidos: jadean, silban, etc. La gente abu-chea. Ellos insisten, de pie.)

MARCO: ¡Cierren los ojos, idiotas! ¡Las mejores actrices son las neuronas! ¡El mejor cine es el cerebro!

Cambio de luces: en la calle, Lucas y Estela.

LUCAS: ¿Por qué tanto tráfico?

ESTELA: Un entierro. Y son varios cajones.

LUCAS: Qué barbaridad. (Pausa.) ¿Qué es la muerte para usted, doña Estela?

ESTELA: Es como apagar el televisor, ¿no? Se pone todo negro, como si una estu-viera en una caja.

LUCAS: Entonces estoy muerto. No. Morir es ya no sentir...

ESTELA: Si eso tanto le preocupa... (Se-ñala.) Pregúntele a los muertos.

Los otros dos, en la calle.

MARCO: Un organillero, Manuel, ven.

MANUEL: Huele a desagüe.

MARCO: Tiene un mono. Te da un pape-lito con tu destino y...

MANUEL: Sí conozco. Es el mono de Dios. Ahora son raros.

MARCO: Antes había más.

MANUEL: Pero en su época no eran mo-nos sino tiranosaurios. ¿Y si lo solta-mos para que viva libre?

MARCO: Le arruinas la vida al organillero. Vamos. Deben estar por allí. (Se alejan.)

Reaparecen los otros dos.

LUCAS: Acá había un cine, ¿todavía exis-te?

ESTELA: Sí, pero es una porquería. Pu-ras indecencias.

LUCAS: ¿Por qué no entramos?

ESTELA: Venga para acá...

Ahora todos ellos deambulan sin verse, atendiendo al mundo.

MARCO: ¿Hueles? ¡Picarones!

LUCAS: Escuche: hay negros cantando arriba del edificio...

MARCO: Se mueve el piso con tanta gente, por aquí debe andar la imagen...

MANUEL: ¡Huele a basura!

LUCAS: ¿No oye los gritos, Estela? Juro que en esta calle hay un burdel.

MARCO: ¿Otra botella? ¡Salud por eso!

MANUEL: ¡Por acá... Estela! (La abraza torpemente.)

MARCO: ¡Lucas!

LUCAS: Marco, ¿qué haces borracho?

MARCO: ¿Qué tiene? ¡De vez en cuando hay que soltarse! Este chico es el hijo que yo soñaba, hermano. ¿Dónde está?

LUCAS: Estaba contigo, ¿a dónde se fue?

MARCO: ¡No sé, no lo veo! (Ríe.)

LUCAS: Estás intoxicado. Dame un poco.

MARCO: La boca me duele de tanto reír-me. Hemos hecho una cantidad de ton-terías... Las reglas sí eran para romper-las. ¡Hasta le robamos a un payaso!

LUCAS: ¿Has tomado con él?

MARCO: ¿Quién crees que me dio tanto trago?

LUCAS: ¿Y él tomó? ¿No se puso mal?

MARCO: ¡Fue su idea! Chupa como un desagüe, Lucas.

LUCAS: Ya desaparecieron.

MARCO: Déjalos, son jóvenes, ¡están vi-vos! Darwin estaría contento. Freud tam-bién. Y Mendel. ¿No eras tú quien decía que la vida es contagiosa?

LUCAS: Sí, como los virus.

MANUEL: (Aparte, con ella.) Doña Estela, perdóneme que haya tomado tanto...

ESTELA: Qué hombre no toma. No se pre-ocupe. Las mujeres tenemos nariz de fierro.

MANUEL: ¿Sabe que soñé con usted? Ca-minaba por el cielo y yo la seguía con miedo, pensando «estás siguiendo a la Virgen» pero luego vi que no. Era us-ted.

ESTELA: ¿Y qué pasó con el tú?

MANUEL: Disculpa, se me fue al fondo de la botella.

ESTELA: Que no se te vaya más. (Se la quita.) Te tiemblan las manos.

MANUEL: Es que el trago me puso alegre. Quería tomar contigo, fíjate. No me des más, me tocan mis pastillas... (Busca en los bolsillos.)

ESTELA: No puedes. Con licor la otra vez te pusiste mal.

MANUEL: Siempre que tomaba me pasaba eso. Pero ahora no. Me lo habían prohi-bido, ¿sabe?

LUCAS: ¿Tú? hacía cual-quier barrabasada. ¡Hoy es mi carnaval! ¡Salud!

MARCO: ¡Y si vieras el cine! ¡Y el olor del mono! Pero no me siento mal. Me hubie-ra puesto tieso si alguien hacía eso jun-to a mí, pero ¡lo hice yo! Como la gente del medioevo que en Carnaval

ESTELA: ¿Por qué? miedo. No sé si
 temblar o mandarte
MANUEL: Me dan al reformatorio.
 diablos azules. ¿No
 te dije que yo era MANUEL: No te
 muy malo? burles. (Le toma el
ESTELA: Ay, qué pelo.)

Dramática Latinoamericana de Teatro/CELCIT
N° 8 pag 25

ESTELA: ¿Me quieres asustar?

MANUEL: Mira qué valiente me pone el tra-go.
(La besa con gesto enérgico.)

ESTELA: Y mírame a mí, sin tomar. (Lo besa igualmente. Ríen. Juguetean.)

MARCO: (Aparte, a Lucas.) El chico es una bendición de Dios. A ti no te cae bien, yo sé, te portas muy duro con él. Pero a mí me ha enseñado cosas. (Le quita la botella. Ya está vacía.) Te echaste media botella de un tirón. ¿Por qué no hablas, Lucas? (Silencio.)

LUCAS: Porque no me puedo emborra-char. (Al vacío.) ¡Estela! ¡Manuel!

ESTELA: (Aparte.) Nos llama don Lucas.

MANUEL: Vamos que don Marco se viene abajo...

ESTELA: A ese lo has alegrado. Al otro nadie lo cambia.

MANUEL: Está celoso.

Se reúnen los cuatro.

LUCAS: ¿Dónde han estado?

ESTELA: Por ahí, conversando. ¿Pasó algo?

MARCO: Nada, pero este te tiene bajo control. Y como yo estoy borracho, ahora el papá de la casa es él. (Ríe y se tambalea.) Cójame que el barco se hunde... se rom-pió el giroscopio...

ESTELA: (A don Lucas, mientras Manuel sostiene a Marco.) No hay que darle más, lo van a matar.

LUCAS: No hay más. Y si Manuel no compra otra botella...

ESTELA: Si quiere comprar es cosa de él, ¿no?

LUCAS: Quién la entiende.

MARCO: ¡Lucas! ¡Ciego y borracho, es horrible! (Ríe.) ¡Así se sienten los astronautas! ¡Y así miden al mundo y calculan las distancias entre las estrellas! ¡Tengo mi propia galaxia, veo luces! ¡Hace tiempo que no me pasaba! ¡Compra otra botella!

LUCAS: Esto es culpa del chiquillo.

ESTELA: Don Marco a su edad ya sabe lo que hace.

LUCAS: Cómprele un café en ese kiosko.

Manuel sienta en el suelo a don Marco. Estela va por el café. Lucas decide.

LUCAS: ¡Manuel! Dijo la doña que... que te espera.

MANUEL: ¿Me espera?

LUCAS: Escucha antes de hablar: que va a llegar a la oficina a las doce de la noche. A veces limpia tarde, ¿sabes? Quie-re que vayas.

MANUEL: ¿Eso dijo?

LUCAS: ¿Qué crees, que estoy inventando?

MANUEL: Pensé que a usted no le gustaba que nosotros... nada. Gracias.

LUCAS: O sea que vas. ¿Hay algo?

MANUEL: Don Lucas...

LUCAS: (Rabioso. Finge sonreír.) Hay algo. ¡Doña Estela! ¡Qué fue del café!

ESTELA: (Trae un vaso.) Acá estoy.

LUCAS: Manuel, ¿por qué no agarras un taxi y te lo llevas?

MANUEL: Ahora mismo. (Carga a don Marco y salen.)

ESTELA: Tenía que despacharlo. ¿Para qué pidió el café? ¿Y por qué no cogió el taxi usted?

LUCAS: Te voy a decir algo.

ESTELA: Ya no me hable más zonceras, ¿quiere? También ha estado tomando.

LUCAS: Manuel quiere que vayas a la oficina. A las once.

ESTELA: ¿A las once de la noche? ¿Y por qué no me dijo él?

LUCAS: Eso me dijo ahora. No sé más ni quiero saber. Porque esto es algo, ¿no? ¿Es o no es? ¿Es o no, doña Estela? ¿Va

a ir usted? (Manuel retorna y lo asusta.)

MANUEL: (Vuelve tras don Marco que re-aparece fuera de sí, feliz.) ¡Venga, pues! ¡Se va a caer!

MARCO: ¿Por qué me despachas, Lucas? ¡Hay que echarnos otra! Vamos a comprar... (Se mueve por la calle y lo siguen. Aparece un cantante mendigo y ciego.)

LUCAS: (Enojado.) Ya estamos borrachos. Vete. Llévatelo, Manuel.

MENDIGO: Señoras y señoras del respetable público, soy un humilde artista invidente que viene a entonar melodías populares que...

MARCO: ¡Un cantante! (Se desprende de Manuel.) Hay que ayudarlo, pobrecito, ¡es ciego!

LUCAS: ¡Vamos, Marco! (A Manuel.) ¡Te pedí que te lo llesves, mocoso de...!

MARCO: Pero yo también quiero cantar... ¡un vals!

LUCAS: (Perdiendo el control.) ¡Cállate, hombre! ¡Estás haciendo un escándalo!

MARCO: ¡»Humo Vano«, Lucas!

LUCAS: (Susurra.) No puedes cantar, no eres un menor...

MARCO: ¡Yo hago lo que me da la gana! Señoras y señores, con el acompañamiento del maestro, el vals de Luis de la Cuba titulado «Humo Vano».

Lucas se aprieta las manos. El mendigo toca la guitarra. Marco canta libremente. Estela y Manuel, separados, ríen.

MARCO Y EL MENDIGO:

Corazón sin amor, corazón muerto que en lóbrega prisión late vacío, el mundo es para ti campo desierto sin límite, sin luz, triste ilusión.

LUCAS: ¿Estela? ¿Manuel?

ESTELA: (Al otro lado del círculo de público, apoya a Marco.) Aquí estoy.

LUCAS: ¿Con quién habla?

ESTELA: Con nadie.

MANUEL: (Al lado de Lucas.) No se moles-te. Estoy acá.

ESTELA: ¿Por qué no canta y se deja de vainas?

MARCO: (Sigue como un ángel ebrio.)

Nunca podrás formar con frases huecas la triste historia del dolor humano. ¿Qué son tus ilusiones? Flores secas. ¿Qué son tus esperanzas? Humo vano.

LUCAS: ¡Marco, ya!

MARCO: Sigue marcando el rítmico latido

que a la vida automática acompaña fuiste trono, volcán, búcaro, nido, hoy eres, corazón, sólo una entraña.

LUCAS: ¡Vete con él, Manuel!

MENDIGO: (Al terminar el vals.) Como les decía, señoras y señores del respetable público, soy un humilde artista que viene a entonar melodías populares que...

LUCAS: Marco... ¡Termina de una vez!

MARCO: Ya lo hice. (Ríe.)

MENDIGO: ... son mi único tesoro. Tengo una familia...

LUCAS: (A Marco.) ¡Viejo ridículo!

MENDIGO: .. que mantener y quiero ganarme su cariño, sus aplausos y unas monedas con estas...

ALGUIEN DE LA CALLE: ¡Ya cante y no hable, queremos oír!

LUCAS: (En el centro del público.) ¡Viejo estúpido, vas a morir engañado!

OTRO DE LA CALLE: Qué vergüenza.

MANUEL: ¡No lo insulte!

LUCAS: ¡No me calles! ¡No estoy de humor para idiotas!

MARCO: ¡Lucas! ¿Qué te pasa?!

LUCAS: ¿Qué me pasa? ¡Que cada vez me aseguro más de cosas que ya sabía! ¡Y veo que tú no sabes nada!

MARCO: ¿Y qué sabes tú, si no tomas? (Ríe.)

MENDIGO: ... las mías son obras...

LUCAS: Hablo en serio.

MARCO: ¿Tú, en serio? No me hagas reír.

LUCAS: Tú no sabes lo que está pasan-do.

MENDIGO: ...son obras de mi inspira-
ción...

MANUEL: ¿Qué pasa? (Se acerca a Este-la.)

MARCO: Nada.

LUCAS: ¡Aléjate, anda! (Empuja a Ma-nuel y Estela, separándolos.) ¡No te ha-gas! No me mientas, ¡mocoso de mierda! ¡Ya sabes lo que yo sé! (A Marco.) ¿Sa-bes dónde perdió la vista tu querido muchacho?

MARCO: ¿Qué tiene que ver eso con...?

LUCAS: Cuéntale al padrino Marco dón-de te quedaste ciego, ¡anda! Nada de quí-micos ni gases ni accidentes, ¡fue alco-hol!

MARCO: (Lúcido por el asombro.) ¿Cómo?

LUCAS: Alcohol metílico, inocente abue-lito, ¡alcohol industrial! Y cuenta dónde, a ver, no se pierda esto, Estelita, ¡a ver si le gusta la historia! ¡Porque no fue en ningún grupo religioso, nunca estuvo!

MENDIGO: Por favor, ¡dejen cantar!

LUCAS: (Satisfecho.) ¡Pero cuenta, Ma-nuel! Diles que fue en la cárcel, que te metieron de todo y por tomarte el alco-hol hecho allí, ¡se te fue la luz! ¡Apagón!

MARCO: ¿Cuál cárcel? ¿Qué es esto, Lucas?

LUCAS: ¡Cuenta por qué te agarraron adentro, habla de tu fama en el barrio! ¡Y cuenta quién fue tu mamá!

MARCO: ¡Lucas, para! ¡Estás peor que yo!

LUCAS: (Los exagera.) ¿Sabes qué era? Una puta, pues, ¡la más famosa de la cuadra! No sabías esa, Marco. Por eso le

hace el cuento del ataque de nervios a esta bruta...

ESTELA: Don Lucas... no diga esas co-sas...

LUCAS: ...por eso sabe tratar tan bien con esta mujerzuela, ¿o creen que soy tonto? ¿Que no he notado nada? Soy cie-go pero no estúpido, ¿entienden?

MARCO: Basta, Lucas.

LUCAS: Por favor... (Tiembla.) Yo sé quién me cortó los ojos, un delincuente como tú que te has robado el crucifijo, no lo vi pero ya sé quién es, y sé por qué, y sé lo que le gustaría: ¡que me olvide! Pero los ciegos tenemos memoria de ele-fante, aunque estemos viejos, uno re-cuerda siempre cuando lo humillan, y toda la vida para un ciego es humillante. Pero tampoco me olvido de tu mamita, ¿quieres que te cuente cuántos lunares tenía?

MANUEL: (Se tapa los oídos con las ma-nos.) ¡No!

LUCAS: ¿Cuántas pequitas? ¿Cuántos rulitos?

MANUEL: ¡Basta, no! (Huye del escenario.)

LUCAS: ¿A dónde vas?

MARCO: Manuel... no te vayas... no ha-gas caso... ¿Manuel?

ESTELA: ¡Manuel!

Don Marco sale tras él. Lucas toma a Este-la y le impide seguirlos.

LUCAS: Sé más de la vida que cualquie-ra de ustedes, ¿entienden? Conozco tanto de ella como de una mujer horrible con la que uno se casa, un monstruo que uno no tiene valor para abandonar y que si-gue insultándonos, sigue maltratándo-nos, sigue mirándonos con desprecio y no podemos matar...

ESTELA: ¡Déjeme, se va!

LUCAS: ...y tenemos que esperar que la asalten y la maten o que resbale en la

ducha o que se atore con la tapa del aceite mientras fríe unos huevos... Sé que no tenemos derecho a nada, pero no se crean que yo soy el perverso y ustedes los san-tos. Todos esconden algo, todos tienen la culpa de algo, y yo no perdono que me traten como si fuera el único demonio en este infierno. Váyanse todos a la... ¿Sa-ben cuál debe ser el infierno, ¿saben cómo es? La misma vida, repetida y de memoria, sabiendo que volveremos a co-meter los mismos errores y que no po-dremos evitarlo, una obra de teatro que se actúa eternamente, siempre sin aplau-sos, en un teatro vacío... ¡Déjenme actuar! (La suelta.) ¡Váyanse y hagan lo que quieran! (A los paseantes.) ¡La gran función continúa! Este hombre no es cie-go, señores, no es sesentón, es un es-queleto disfrazado como el de ustedes! ¡Un fantasma que se sabe todas las res-puestas y todas las canciones! (Llora de rodillas. Los demás han salido.)

MENDIGO: (Desconcertado.) Ahora sí, señores, acá va este valsecito compues-to por quien les habla llamado... Mis ti-nieblas. (Lucas sale gateando. El artista canta.)

Todo lo que yo creo es más grande que mi vida;

no necesito nada porque tengo la ilusión. Mis aves
invisibles nadie sabe dónde ani-
dan,
mis nubes son de sombra, mi sol es de car-bón.

Yo reconstruyo al mundo con labor de fan-tasía,

me miro en los espejos del ansia y de la fe. Pero
igual vivo triste y estas tinieblas mías son cárcel y
paisaje, son Infierno y Edén.

Yo me imagino Lázaro

esperando en la tumba

un Cristo hecho de estrellas

que traiga luz a mí.

Yo vivo un sueño eterno

mas quiero despertarme.

Tinieblas del engaño,

¡quiero salir de aquí!

Termina entre aplausos de transeúntes. Salto a la
oscura oficina.

ESTELA: (Entra.) ¡Allí se vio, vecina, que ese don
Lucas era violento! ¿Pero don Marco? Tranquilo
como un recién naci-do. Y Manuel iba y venía
con él, ¡tanto que se querían! ¡Si hasta se
emborrachó el viejito, que nunca tomaba! Pero
des-pués... (Aparte.) Esa noche fui a verte feliz,
Manuel. Yo no creía en los hombres, hablan
tanto y siempre mienten, siem-pre les dan
vueltas a las cosas. ¿Por qué no decirme
directamente que me espe-rabas? ¿Por qué a
través de don Lucas, que se puso furioso cuando
se dio cuen-ta? (Para sí.) ¿A qué hora me dijo?
A las once. ¿Por qué fui? Por estúpida. Una se
cree dura como los muros del Real Feli-pe y
luego se derrite como un cirio cuan-do se
enamora. Y, maldita sea, no me di cuenta de que
el amor también es ciego. Y por eso es sucio.
Rencoroso. Malo. (Os-curo. Transición a la
noche narrada. Estela entra a la oficina y cierra
la puer-ta levemente. Saluda al vacío.) Hola.
(Pausa.) ¿Manuel? (Pulsa el botón pero no se
enciende la luz.) ¿Qué hiciste? ¿Bajaste la llave
general? ¿Así estamos empates, no? ¿Cómo la
encontraste? ¿Manuel? ¡Ay, habla! No veo nada.
¿Te espero acá? Allí estás, ¿verdad? (Descon-
certada.) ¿Y si no estás? ¡Qué risa! ¡De repente
hay apagón! Pero en el pasillo hay luz. Ya sé.
(Abre la puerta y deja en-trar la luz del pasillo.)
Así te veo. ¿Dón-de estás? (Oye un crujido
dentro del baño.) ¡Ahí no te voy a buscar!
¿Manuel? (Se acerca a tientas. Una sombra
cruza tras ella y cierra la puerta oscureciendo el
lugar.) ¡Ay! ¡No me asustes! Háblame. ¿Qué
quieres, que te tenga miedo? Ja ja, a los hombres
sólo les tiemblan los otros hombres, Manuel.
(Pausa.) ¿Sabes que así dormíamos en mi casa
cuando yo era chica? Vivía en un pueblito de
Piura, La Unión. Y en la noche no teníamos luz,
el sol era el único foco y cuando se iba no
veíamos nada. Caminábamos por la ca-lle de
puntitas, ¡pero no como tú, para que yo no te
escuche! No, era para no caernos, para sentir la
piedra o la cochi-nada y no resbalar.
Llegábamos a nues-tros cuartos y los
conocíamos de memo-ria. Yo tenía el mío para
mí sola, y nunca prendía la vela. (Recuerda.)
¡Eso! Acá yo traje una vela hace tiempo por si
había apagón, a veces limpio de noche. (Busca
en el escritorio más cercano a la puerta.)
¿Después limpiamos, sí? Por si se dan cuenta
mañana de que estuvimos aquí. ¿Dónde estará
esa vela? (Se detiene. Ha abierto un cajón del
escritorio de Lucas.) Qué raro. Don Lucas dejó
abierto su ca-

Dramática Latinoamericana de
Teatro/CELCIT N° 8 pag 29

jón secreto. Una vez lo vi, tiene cosas así... no, nada. ¿Qué te contaba? Ah, mi cuarto. De noche no se veían sino los fan-tasmas. Dicen que una señora se com-pró una grabadora para grabar a sus pajaritos, unos chirocas, y cuando escu-chó habían voces de fantasmas. Yo no los escuché nunca pero sí los vi. Hasta me enamoré de uno. Nunca conté, vas a creer que estoy loca. Me enamoré de una sombra grande, yo lo imaginaba un ha-cendado, un tipo bigotón y fuerte como el director de la primaria donde estudia-ba. Siempre hacía lo mismo yo: me des-vestía parada, mirando la oscuridad a ver si se me acercaba. Como a ti ahora. Me quedaba sin blusa, con un fustán blan-co que ni siquiera brillaba de tan negra que era la noche. Me quitaba los zapa-tos. (Lo hace.) Después la falda. Tú no me ves, pero sabes lo que estoy hacien-do. Te oigo respirar. El fantasma no res-piraba, pero me veía. De repente estaba asustado, porque para él los fantasmas seríamos nosotros. Me miraba. (Suspi-ra. Se acaricia los hombros.) Así soña-mos las mujeres cuando estamos solas. Los hombres que queremos no son de carne. No raspan. No aprietan ni due-len. Y me quedaba parada un rato lar-go, esperando que me agarre. A veces un airecito me movía el fustán y yo de-cía bajito: llegaste. Me vas a coger la mano y vamos a bailar vals como las novias, tú de negro, yo de blanco. Pero no era. Y me reía soñando despierta, pensando que bailábamos sin pisar la tierra dura, sin golpearlos con las co-sas, dando vueltas en el aire como las hojas. Pero nunca llegaba, como toda ilusión. Y aunque allá siempre hace ca-lor, después de un rato me daba frío y tenía miedo de estar muerta, de que me hubiera vuelto un fantasma también. El frío viene como una lluvia al revés, des-de los pies hasta la coronita del pelo, y te hace temblar y piensas: ¡me morí! (Ríe nerviosa.) Pero me tocaba y tenía cuer-po y seguía adentro de él, y entonces me sentía bien sola. ¡Una pena me daba de mí misma! Y de todas las mujeres de La Unión, que estaban haciendo lo mis-mo que yo, las viudas y las solteras so-las y las casadas delante de sus mari-dos dormidos, todas paraditas en la os-curidad, desnudas, sudando frío y oyen-do roncar al mundo. (Se estremece.) Manuel, no quiero sentirme así nunca más. (Silencio.) ¿Estás allí? Ven, tóca-me la cintura. Acércate, fantasma, bé-same y baila. (Silencio.)

LUCAS: (Susurra.) Eres una puta.

ESTELA: ¿Manuel?

LUCAS: Todas son iguales.

ESTELA: ¿Quién es?

LUCAS: Soy el fantasma de la mentira.

ESTELA: Carajo, ¿es usted! (Trata de to-mar su ropa, pero él la sujeta.)

LUCAS: Dame la mano. (La toma por la fuerza.) Dame tu cintura.

ESTELA: No, suélteme.

LUCAS: Vamos a bailar echados hasta que...

ESTELA: ¡Suélteme!

LUCAS: (No obedece.) No pasa nada. Es una ilusión.

ESTELA: ¡Suélteme! (Se libera. Va al baño, Tropieza y Lucas la alcanza.) ¡Déjeme! ¡Quiero mi ropa!

LUCAS: No puedo verte, pero sé que es-tás vestida de novia.

ESTELA: ¡Déjeme!

LUCAS: ¡Ven acá!

ESTELA: ¡No! (El la golpea. La ata con una cuerda que saca de su cajón.) ¡No!

LUCAS: ¡Vamos! ¿Quieres ir al baño? ¿Quieres bailar allí?

ESTELA: ¿Qué hace? ¡Déjeme!

LUCAS: Cállate o te cierro la boca.

ESTELA: ¡Suélteme, mierda! ¡Desátame! (Llora. El la amordaza con un pañuelo del cajón. La empuja hacia el baño.)

LUCAS: Vamos para que sientas la llu-via. (Han entrado. Oímos que él abre la ducha y desgarrar ropa.) Tú eres mi fan-tasma, yo también te sueño cuando me quito la ropa, mírame, ¿ves cómo brilla mi piel? ¿Se ve? Ya no te voy a hablar, los fantasmas tenemos ojos pero no ve-mos, la boca la usamos para besar a los vivos cuando duermen, ¿sientes? ¿Quie-res que te duerma? ¿Sientes al muerto

besándote? (Estela gime y llora. El la golpea.) No me sientes, pero yo a ti sí. Por-que uno es de verdad y el otro de menti-ra. (Jadeos: la viola. Luego, largo silencio. Sale y se sienta, vestido con el fus-tán de ella. Fuma. Entra tímidamente Manuel.)

MANUEL: Hola. (Pausa.) ¿Estela? ¿Estás allí? (Lucas golpea el escritorio con los dedos.) ¿Estás fumando? (Ríe.) ¿Fumas? (Lucas golpea el escritorio.) Ah, un gol-pecito es sí y dos no, ¿como en la tele? (Un golpecito.) ¿Quieres que me acer-que? (Dos golpes.) Siento tu olor. Sé dón-de estás. La ducha gotea. ¿Estuviste limpiando? ¿O te has bañado? (Un golpe.) Quieres... ¿quieres que me acerque? (Dos golpes.) ¿Te has vestido? ¿Ya te secas-te? (Dos golpes.) ¿A qué juegas? Me das miedo. Lo que te dije... todo lo que dijo don Lucas es verdad. Mi madre... ¿me entiendes? Una vez llegué con ella a la casa y olía a humo. Había un tipo escondido atrás del ropero, uno que mi madre no veía hace tiempo, pero que escribía cosas afuera de la casa. Ramera, perdi-da, cosas así. En esa época yo veía, me daba vergüenza ir al coro de la iglesia, sólo salía de noche a borrar las paredes. Y de pronto llegamos y estaba allí. Nunca habló. Yo no me di cuenta, pero mi mamá sintió el humo y le gritó que sal-ga. El hombre tiró el mueble. Corrimos pero me pescó del pelo y me encerró en la cocina. Se quedaron afuera. El no ha-blaba, ella gritaba! Yo sabía lo que esta-ba pasando, quise prender la luz pero había apagado toda la casa con la llave general. Me tapé los oídos, me dormí en el suelo escuchando cómo lloraba. (Pau-sa. Suspira.) ¿Me estás oyendo, Estela? (Un golpe.) Tú me entiendes, ¿no? (Dos golpes.) No seas cruel. ¿Sabes que le cortó la cara con los vidrios del mueble? Pero ella no lo denunció. Tenía miedo. Y yo. Ya sé dónde estás, siento el humo, hueles tan raro así. Deja que me acer-que. (Dos golpes.) Quiero tocarte. Nece-sito acariciarte. ¿Si te pido perdón sin saber por qué, me perdonarías? Tú eres mujer, tú entiendes. Si te beso, ¿me perdonarías? ¿Estela?

LUCAS: No soy Estela, Manuel.

MANUEL: Don Lucas, ¿qué hace aquí tan tarde?

LUCAS: Esperándote. Como no la con-seguiste, la traje yo.

MANUEL: ¿A quién?

LUCAS: A la puta que te pedí, ¿a quién más?

MANUEL: No la oigo.

LUCAS: Está dormida. Te espera en el baño.

MANUEL: ¿No me miente?

LUCAS: ¿No la hueles? ¿No escuchaste sus golpecitos? Está ahí, mojada, calatita en el suelo, se fue a dormir para que la despiertes como el príncipe del cuento. ¿Conoces el cuento?

MANUEL: Don Lucas, usted me dijo que doña Estela iba a venir.

LUCAS: Te engañé.

MANUEL: ¿Quién es la mujer?

LUCAS: Una de la calle. Estaba en la pro-cesión.

MANUEL: ¿Quién?

LUCAS: No me digas que no sabes.

MANUEL: No.

LUCAS: ¿Cuántas veces te pedí que me consigas una?

MANUEL: Pero de dónde iba a sacar yo...

LUCAS: Pues de tus amigas, las de tu mamá.

MANUEL: Ya no las veo, don Lucas, le dije...

LUCAS: No te creo. Me las escondes y yo sé porqué. Luego me quisiste quitar a la única que tenía cerca.

MANUEL: ¿Y usted no la puede... conse-guir?

LUCAS: Tú la tenías que traer, ¿para qué crees que apoyé tu contratación? No sa-bes nada de tu mamá, pero sabes dónde vive. ¿Sí o no? (Silencio.) ¿Y a tus ami-gas del coro, no las ves?

MANUEL: Le juro que no, don Lucas.

LUCAS: ¿Y con quién duermes?

MANUEL: Con nadie, don Lucas.

LUCAS: ¿O sea que en la cárcel te volvis-te maricón? ¿Por eso tomas tanto?

MANUEL: Y a usted... qué le importa.

LUCAS: O sea que te voy a hacer un gran favor.

MANUEL: Don Lucas...

LUCAS: Ven, acércate.

MANUEL: ¿Qué quiere?

LUCAS: Hay una mujer en el baño, ya te dije. Es tuya. Ven.

MANUEL: ¿Quién es?

LUCAS: Después te digo. (Pausa.) Se lla-ma Norma.

MANUEL: Norma se llama mi mamá, don Lucas, usted sabe.

LUCAS: Adiviné. Los brujos de la anti-güedad eran ciegos. (Le toma la mano. Lo lleva hacia el baño.) Ven. Bájate el pantalón. Es tuya.

MANUEL: No quiero.

LUCAS: Es tuya, aprovecha que está so-ñando.

MANUEL: ¡No quiero nada de usted!

LUCAS: Ven...

MANUEL: ¡Suélteme! ¡No puedo tocarla! ¡No puedo! ¡Hagan lo que quieran! Y yo a usted lo conozco, lo voy a matar! (Tra-ta de pegarle. Arroja una silla que Lucas esquiva con facilidad.)

LUCAS: (Ríe.) ¡Eres un inútil! (Aparte.) Qué difícil es conseguir que a uno lo maten. (A él.) Loquito, ¡ya sé qué vamos a hacer! ¡Un programa bíblico! (Toma la grabadora. Entra al baño esquivándolo.) ¡Vamos a grabar todo! Putita, despierta, vas a soplar la trompeta, ¡pero por acá! (Oímos que Estela jadea y se resiste.)

MANUEL: ¡Basta! (Lucas cerró la puerta. Manuel golpea.)

LUCAS: ¿Qué pasa? ¿No puedes entrar? ¡Así son las puertas del cielo! (Golpea a

la mujer.) ¡Agáchate! (Ella gime.)

MANUEL: ¡No quiero escuchar esto!

LUCAS: Oye cómo suena la trompeta de Jericó, escucha a la ramera!

MANUEL: ¡No!

LUCAS: El hermano de Isaac se llamaba Imet, y su papá todo el día se la pasaba Isaac-Imet- Isaac-Imet- Isaac-Imet-i-sac-i-met...

MANUEL: ¡Lo voy a matar!

LUCAS: ¡Ya la estoy matando yo! ¡Escu-cha cómo llora, yo la consuelo! ¡Soy el apóstol Tomás que no creía nada hasta no meter el dedo en el hueco! (Ríe. Ella gime. Manuel se cubre los oídos y esca-pa. Oscuro. Aparece doña Estela, vesti-da, en el presente. Contiene el llanto y oye en la grabadora sus gemidos y la voz de Lucas.)

LUCAS: «Ven que te pongo los clavos... ¡ven que te mato! A ver si la muerte se contagia. ¡Te voy a ahorcar!»

ESTELA: «No!»

Estela arroja la máquina al oír los gritos de placer de Lucas. Corre hacia ella y le saca el cassette. Lo pisotea.

ESTELA: Perro, perro... como todos... (Oye un ruido. Esconde la cinta.) ¿Vecina? ¿Ya regresó? Estoy llorando porque me parece que los veo. No son fantasmas, no se asuste... ya estoy muy grande para ver fantasmas... (Solloza y rasca el sue-lo.)

Volvemos a la narración. Ella desaparece. Al día siguiente del ultraje, Marco llega a la oficina. Lucas está sentado en su lu-gar, pelando una naranja.

MARCO: (Decidido a discutir.) Bueno, lle-gué.

LUCAS: Hola.

MARCO: Nada de hola. ¿Qué fue lo de anoche?

LUCAS: Que chupamos como unos...

MARCO: No salgas con chistes. ¿Por qué no me contaste antes?

LUCAS: ¿Contarte?

MARCO: Nada.

MARCO: ¿Por qué vomitaste anoche todo? ¿Me has estado mintiendo?

LUCAS: Todos los borrachos vomitan.

MARCO: ¿Me has estado mintiendo?

LUCAS: ¿Yo, anoche? ¿Qué te dije?

MARCO: ¡No te hagas! ¡Tú conoces a Ma-nuel desde antes!

LUCAS: Nunca lo vi antes de que venga acá.

MARCO: Y lo de su madre, ¿cuándo te lo contó?

LUCAS: ¿Su madre?

MARCO: ¡Lucas! ¡Yo me acuerdo de lo que dijiste!

LUCAS: Yo no. ¿No te habré hecho alguna broma?

MARCO: No hablabas en broma, y ahora yo tampoco. ¿Lo conocías?

LUCAS: Te dije que no.

MARCO: Cuando la Asociación nos dio la lista no querías a nadie hasta que escuchaste su nombre.

LUCAS: Me pareció que debíamos ayudar a algún joven, ¡tú me convenciste!

MARCO: Pero lo reconociste, ¿no? Porque ya lo conocías.

LUCAS: Bueno, sí, pero no sé por qué te molesta.

MARCO: ¡Me molesta que me mientas! ¿Por qué lo trajiste?

LUCAS: El nombre me sonó, como el de un chico que vivía en mi barrio. Pensé que le haríamos un favor.

MARCO: ¿Por qué lo trajiste?

LUCAS: ¡Para ayudarlo!

MARCO: Y lo de su madre, ¿ya lo sabías de antes?

LUCAS: ¿No nos contó nada?

MARCO: Tal vez cuando hablaba yo con él... tú sales y nosotros...

MARCO: No. Tú conocías a la madre.

LUCAS: ¿Pero de dónde?

MARCO: Vivían en el mismo barrio.

LUCAS: Hace mucho...

MARCO: ¿Tú todavía veías?

LUCAS: No quiero tocar ese tema.

MARCO: Y de pronto ya no viven en el mismo barrio. ¿Quién se mudó? ¿Por qué?

LUCAS: ¡Qué sé yo!

MARCO: ¿Y es verdad que te cortaron los ojos en un asalto? ¿O es otra mentira?

LUCAS: ¡No quiero hablar de eso, Mar-co!

MARCO: ¿¿Cómo fue?! ¿Es verdad que...?

LUCAS: ¡Fue un delincuente, un hijo de puta!

MARCO: Eso le dijiste ayer.

LUCAS: ¿Y qué, pues? ¡Es verdad!

MARCO: ¿Por qué lo odias?

LUCAS: Yo no lo odio.

MARCO: ¿Tienes algo con doña Estela?

LUCAS: ¿Yo? Si el que le escribe poemas eres tú. Hasta querías meterla en nuestro cuento.

MARCO: No hablo del cuento. ¿Qué tienes con ella?

LUCAS: ¡Nada!

MARCO: ¿Y por qué dijiste lo de ayer?! ¿Estás celoso?

LUCAS: ¡¿Y acaso me importa la chola que lava los pisos?! ¡Para de una vez!

MARCO: Es que no acabo de entenderte. ¡Y él no te respondió! O sea que decías la

verdad y no podía discutirte. Y sólo pue-des saber esas cosas porque conocías a la mujer. Eso no me extrañaría, ¿pero por qué tu maldad?

LUCAS: El que se pone mal eres tú.

MARCO: Dime por qué. ¿Lo odias? Si no entiendo esto me voy a volver loco.

LUCAS: Todo quieres entenderlo. Las cosas se sienten, y ya.

MARCO: No, yo no quiero sentir porque no sé lo que te haría. Algo te hizo Ma-nuel, algo te hizo la madre para que tú...

LUCAS: No te metas más conmigo, Mar-co.

MARCO: ¿Qué fue? ¿Le hiciste algo de niño? ¿Te metiste con su madre?

LUCAS: ¡Cállate!

MARCO: ¿Quién te sacó los ojos? ¡Yo sé quién! ¡Si no me contestas, yo sé quién fue!

LUCAS: ¡Calla! (Le arroja un lápiz.) ¿Quién eres tú para inventar mi vida? ¡Me ofendes! Inventa tu cuento de mier-da que nunca terminas, inventa tu Bi-blia, tus mapas, tu universo, pero no me metas a mí! Tu cabeza es tu cabeza, no me metas en tus historias, no estoy he-cho de puntitos braille, yo existo de ver-dad! ¡No soy el diablo de tus radionovelas!

MARCO: No eres el diablo, imbécil. ¡Te crees mucho! Eres un pobre ciego resen-tido esperando como una araña a que caiga una víctima, eres un enfermo, más pobre que los pobres, más triste que los...

LUCAS: ¡Ven acá! (Derriba su escritorio. Se lanza hacia Marco, daga en mano.) ¡Ven!

MARCO: ¿Qué tienes en la mano? (Intuye y esquiv.) ¿Tu daga? ¿No la usas como un aparato ortopédico? (Le pega con un bastón y le hace perder el arma.) ¡Ufa! ¿Ahora qué harás? ¡Se te cayó el pajari-to, maricón! (La recoge.) Agarra. No te voy a matar, ¡toma!

LUCAS: (La toma por la hoja.) ¡Me corté! (La deja.)

MARCO: (La pateo hacia la puerta.) La

lengua te debería cortar. ¡Eso que le hi-ciste no tiene sentido! (Manuel entra sin ser percibido y oye.) ¿Qué culpa tiene de su pasado? Lo de anoche fue lo últi-mo que hiciste con nosotros, fue la últi-ma vez que abusaste de nadie! ¡Te vas de esta oficina! Cómo no lo noté, ¡le estu-viste dando a propósito alcohol en el café, bombones...! Tengo que poner orden, Lucas. Te vas.

LUCAS: ¿Por qué? El que se va eres tú. Yo sé lo que hago, no me creo el triunfa-dor en terno, el ciego sin lata y sin cartelito. ¡Si te choca la realidad, no es mi problema! ¿No sabes las cosas que pasan en los barcos, peores que la mamá de ese huevoncito? ¿O crees que la gente es una colección de relojes? ¡El que se va eres tú, a esconderte en tu casa, a meter la cabeza en el suelo, ciego estúpido!

MANUEL: El que se va soy yo.

MARCO: ¡Manuel!

LUCAS: ¡Fuera, basura! ¡Mira lo que cau-sas!

MANUEL: No voy a hacer problemas. Vine a despedirme.

MARCO: Manolito, lo que pasó anoche estuvo mal, pero no tienes que sentir-te...

MANUEL: ¿Lo de anoche? ¿Ya sabe lo que pasó?

MARCO: Ya sé todo y no me importa, Ma-nuel.

MANUEL: Usted me tiene que perdonar.

MARCO: No hay nada que perdonar.

MANUEL: ¡Pero yo pude hacer algo!

MARCO: No podías. El que tiene la culpa es él. Por eso se va.

LUCAS: No me voy. Me matarás antes, pero por las buenas no me voy.

MARCO: No digas esas cosas.

MANUEL: El que se mata soy yo. (Recoge la daga.) Venía a pedirles esto. La ver-dad, siempre estoy dudando. Ahora mis-mo no sé cómo hacer. ¿Se acuerdan del veneno para las ratas? Al fin lo traje. Pero

debe ser horrible. Uno gira en el suelo como si le estuviera dando cuerda a la muerte.

LUCAS: No hables tonterías. Dame mi daga.

MARCO: Sí, devuélvela.

MANUEL: No. Tenga el veneno, si quiere.

MARCO: Dame las dos cosas, Manuel. Así no resuelves nada.

MANUEL: Nunca se resuelve nada, pero al menos se sueña, ¿no? Dicen que si uno se corta las venas la sangre sale como una cuerda larga y uno se duerme. Cierro los ojos y sueña con planetas de vidrio y un ajedrez gigante hecho de piel.

MARCO: Manuel, no estás solo en el mundo. Piensa en los demás, acuérdate de los mapas, la ventana...

LUCAS: ¡Dámela!

MANUEL: Búsquela. (Arroja el arma.)

MARCO: Ahora dame el frasquito, esto no es juego.

MANUEL: Lo voy a tirar aquí. (Vacía el frasco en la cafetera.) A ver si mejora el sabor.

MARCO: ¿Has estado tomando? ¿Por qué hablas así?

MANUEL: Don Marco, si pudiera explicar lo que se me ocurre...

LUCAS: No va a hacer nada, déjalo.

MARCO: ¡No digas más!

LUCAS: Es un cobarde.

MANUEL: Ese es mi problema. ¿Pero quién no lo es, don Lucas? Cada uno a su modo. No le damos la cara a nada, nos ponemos máscaras, jugamos al teatro para no atendernos. ¿Usted sabe lo que hay afuera en realidad? Mentiras. (Abre la cortina.) Las gaviotas escriben guiones en el cielo. Los barcos dibujan comerciales en el agua. Los camiones van llenos de ataúdes y los aviones con sus tristes cajas negras. Por eso hay que morir. Para que se apague el zumbido de la caja sumergida.

MARCO: No puedes pensar así, Manuel.

MANUEL: ¿Por qué no? Que le explique él. ¿Verdad que yo era el loco del barrio? A mí me llamaban para matar gatos enfermos, para meterme en buzones a buscar monedas, para eso que otros no hacían.

MARCO: ¿Por qué no me contaste?

LUCAS: ¡Inventos!

MARCO: Cálmate. Escucha el mar. ¿Oyes a las gaviotas?

MANUEL: (Abre la ventana.) Oigo un avión que se acerca. Las voces secretas de los pasajeros aterrados, los ruidos en el baño de los que no aguantan el vacío, la radio que repite siempre la misma serie de números: 94, 58, 13, 70 punto 5 ... ¡Radio Babel!

MARCO: No ha pasado nada, Manuel. El mundo es el mismo, el día dura 24 horas y los kilómetros siguen midiendo 1000 metros.

MANUEL: Y un litro de lágrimas sigue pesando un kilo. Yo lo envidio. Nunca pasa nada. Para usted el mundo es sólo un mapa de tamaño natural, cruzado de líneas de colores y con ballenas dibujadas en el Océano. Mientras no se desordenen los planetas, usted será feliz. Yo no. No veo brújulas, ni mapas, ni flechas ni caminos ni nada. Para mí todo lo que pasa es de extrema gravedad. A mí todo me atrae hacia lo más bajo, aunque trato de incorporarme y caminar derecho, algo desde el suelo me jala la corbata. (Se acerca a la ventana.) ¿No siente el vacío? ¿No le provoca llenarlo de gritos?

MARCO: No. (Se da cuenta.) ¡Ven! (Forcejea. Manuel cae al vacío.) ¡No! (Pasa un avión rugiendo. Lucas maldice y Marco grita al cielo. Pausa. El avión se aleja.)

LUCAS: Valiente idiota. (A Marco, que deambula y halla la navaja en el suelo.) ¿Qué buscas? ¿La navaja?

MARCO: ¿Qué hemos hecho?

LUCAS: Hemos entrado al infierno por una ventana.

MARCO: No puedo creerlo.

LUCAS: Vamos a acabar en la cárcel. Te-nemos la culpa.

MARCO: Yo no, ¡tú!

LUCAS: Los dos. No tenías que decirle nada. Sólo hacerte el que no sabías.

MARCO: ¡No tengo la culpa de nada!

LUCAS: Los dos, Marco. Vamos a dar vueltas en el patio de la cárcel como las agujas de un gran reloj. Tú vas a medir con pasos las paredes y los años. Yo...

MARCO: ¡No, no!

LUCAS: Y tan viejos. Como los relojes, vamos a morir parados.

MARCO: No. Yo no tengo la culpa de nada. Allí no.

Duda y escapa. Se detiene antes de irse para decir algo a Lucas, pero no se atreve. Arroja la daga y sale.

Pausa. Lucas fuma. Oímos el mar, las gaviotas, un buque y una sirena. Entra Estela en silencio, buscando no ser detectada. Trae el crucifijo entre las manos. Pausa. Lucas se vuelve hacia ella, que se paraliza.

LUCAS: Así que regresaste. Como pensaba. Yo sé que eres tú, aunque te quedas calladita. Por el olor. Me lo sé de memoria.

ESTELA: (Señala a la calle.) ¿Quién fue?
(Silencio.) ¿Manuel? Pensé que ...

LUCAS: ¿Que me había lanzado a mí? Ni se le ocurrió.

ESTELA: ¿Por la ventana?

LUCAS: Ajá.

ESTELA: No.

LUCAS: Sí.

ESTELA: ¿Qué estaba mirando?

LUCAS: No estaba mirando nada. ¿Por qué no te acercas y aprovechas el rato? Mira que luego caen los policías a preguntar quién era... y tú vienes por el vuelto, Estelita, ¿verdad? Apúrate. ¿Escuchas a la gente abajo? ¿Lo viste?

ESTELA: No.

LUCAS: Pero intuiste, ¿verdad? Lo estabas esperando y de pronto algo raro pasó. Por eso subiste a preguntar. Ven, deja que yo te consuele... (Ella cierra la cortina dejando todo a oscuras.) ¿Por qué cierras? Si no puedo verte. Dame la mano.

ESTELA: No. Las tengo ocupadas.

LUCAS: ¿Con qué?

ESTELA: El crucifijo. Venía a devolverlo.

LUCAS: ¿Tú lo tenías? ¿Y para eso has venido?

ESTELA: No, la verdad... No sé. (Recoge la daga a sus pies.)

LUCAS: ¿A qué has venido?

ESTELA: ¿Tiene miedo?

LUCAS: ¿A qué has venido?

ESTELA: Entonces ya sabe a qué.

LUCAS: (Sin levantarse.) No te acerques más.

ESTELA: ¿No quería que me acerque?

LUCAS: Para eso, no.

ESTELA: ¿Para qué?

LUCAS: No me hagas daño...

ESTELA: Usted ha pensado lo mismo que yo.

LUCAS: Te diste cuenta y esperaste a que Marco se vaya...

ESTELA: Usted se da cuenta de todo, ¿no?

LUCAS: (Paralizado.) Voy a gritar.

ESTELA: Ya no tiene tiempo.

LUCAS: ¡No! (Ella lo apuñala.) ¡No! ¡Piedad! ¡Ag! (Más golpes. Forcejeos. Alguien cae. Lucas aparece dentro de un círculo de luz roja, tendido boca abajo, sangrando en su último momento.) Ya lo vi, ya tengo la idea. Es un ángel. Se acerca a un niño y le dice: ¡qué suave está tu ropa! Y el niño contesta: como la tuya, ángel

de la guarda. Y hablan del producto...
¿cómo se llama? Cloud. Sí, nube en inglés,
como las de los ángeles. Con Cloud lava la
mamá y lavan en el cielo. Y el niño se duerme,
porque en las sábanas suaves siente la caricia
de su madrecita. Y el ángel blanco lo mira y... le
cierra los ojos y... y...

Tras él, surge Estela en el haz de luz y le-vanta el
crucifijo para asestarle el golpe final. Apagón.
Volvemos al presente. Se abre lentamente la
ventana. Ella limpia.

ESTELA: (Lenta.) Así fue, vecina. Sólo Dios sabía
que iban a pasar estas cosas. Ahora a don
Marco lo buscan por haber matado a don Lucas,
que parece que se defendió porque tenía una
mano cortada. Y ya encontraron el veneno del
frasco que tenía el chico en el bolsillo: lo había
puesto en el café, ¡los quería matar! (Mirando al
suelo.) Y a mí me preguntaron de todo, pero
justamente el miércoles anterior yo no había
venido más que un ratito. Imagínese que hu-
biera tenido que ver esto. Suerte que fue jueves
y no miércoles, eso le dije a la policía: yo no
estoy aquí para dar respuestas. Soy la mujer
que saca las manchas. Lo único que hago es
limpiar, re-coger el polvo y poner orden. ¿Qué
ten-go que ver con estos locos? Pero recor-
dando y mirando esto, me da una pena la gente...
Es que la mentira, como decía San Juan, es un
laberinto que no tiene salidas hacia la Verdad.
La menti-ra sólo lleva a laberintos más grandes.
Allí entra uno jugando y de pronto, (Se palmea
la frente.) chao. Se pierde. Ya no está. (Gran
suspiro.) Quién lo creyera. Quién.

Barre por un largo rato. La luz del atarde-cer se
desvanece. Estela mira por la ven-tana y la
cierra con decisión. Apagón.

César De María

Perú (1960). Se inicia como autor y direc-tor en el
grupo Homero, teatro de grillos, en 1976.
Trabajó con diversos grupos más como Telba,
Kusi Kusi, Olmo, Quin-ta Rueda y otros. Gana
en 1978 el Pre-mio Nacional de Obras de Corto
Reparto convocado por el TUSM y CELCIT-
Perú.

Recibe premios y menciones en concursos de
teatro y narración, entre ellos un ac-césit en el
Tirso de Molina (1992) y el primer premio del
Hermanos Machado (1995).

Obras y año de estreno en Lima

La celda (1978)
Miedo (1979)
Del bolsillo ajeno (1978) A
ver, un aplauso! (1989)
Escorpiones mirando al cielo (1993) Dos
contra dos (1993)
La caja negra (1996)
Dime que tenemos tiempo (1997)
El poeta, la mujer y la maleta (1997)
Laberinto de Monstruos (1998) Kamikaze! o
La historia del cobarde
japonés (1999)

*César De María. Correo
electrónico:
cesardemaria@gmail.com*

*Todos los derechos reservados
Buenos Aires, Argentina. Febrero de 2000*

*CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación
e Investigación Teatral
Director: Carlos Ianni
Bolívar 825. (1066) Buenos Aires.
Argentina Teléfono/fax: (5411) 4361-8348.
e-mail: celcit@sinectis.com.ar
Internet: <http://argen-guia.com/celcit>*

